

CHAMPAGNE ESPUMOSO

SALVADOR RANGEL ABUD



CHAMPAGNE ESPUMOSO

Por Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Una noche de septiembre, doscientas personas de la élite europea presencian la muerte de Adeline de GrimaldiVinci, conocida como la Condesa de Cristal, en la gala más exclusiva del año en el puerto Hércules de Mónaco. El champagne estaba limpio. La copa, no.

El inspector Étienne Vallois de la Sûreté Publique descubre que la víctima no fue sorprendida por su muerte: la había escrito. Bajo el pseudónimo C.E., Adeline completó una novela titulada *Champagne Espumoso* donde describe con precisión quirúrgica el método de su propio asesinato, la red financiera que lo motivó y los personajes que lo ejecutaron. La pregunta que organiza toda la investigación no es quién la mató sino por qué, sabiéndolo, eligió quedarse.

En torno al crimen gravitan cuatro figuras: Alexandre de Marigny, el prometido que sonríe con exactitud de medio segundo de retraso. Béatrice de GrimaldiVinci, la tía que administra la indignación con método y sin desperdicio. Gabriel Santori, el maestro de bodega que bajó los ojos en el momento exacto del brindis. Y un intermediario sin nombre, francés, con cicatriz en la barbilla, que aparece en los momentos donde algo debe resolverse de maneras que ningún documento puede firmar.

Escrita al estilo de Agatha Christie, *Champagne Espumoso* es una novela policiaca donde el crimen más elegante es el que la víctima comprendió antes que el detective, y donde la verdad sube inevitablemente hacia la superficie, como las burbujas, aunque lleve siglos enterrada bajo el oro.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene representaciones de asesinato con veneno, crimen organizado de cuello blanco, corrupción financiera y sus consecuencias humanas, una muerte secundaria (ahogamiento) y presión institucional para obstruir la justicia. El tratamiento de todos estos temas es narrativo, sin violencia gráfica ni lenguaje explícito. Apta para lectores adultos y jóvenes mayores de quince años con interés en el género policiaco clásico.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Nacido y radicado en Xalapa, Veracruz, México, su obra narrativa combina el rigor analítico de su formación científica con una mirada humanista sobre los grandes temas de la condición humana. Es autor de más de doscientas dos novelas publicadas.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Champagne Espumoso

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela policiaca

Subgénero: Misterio clásico al estilo de Agatha Christie

Estructura: Prólogo + 13 capítulos + Epílogo

Extensión aproximada: 28,000 palabras

Escenario principal: Mónaco, con escenas en París, Niza y el Piamonte italiano

País de origen: México

Idioma: Español

Primera edición: 2025

Licencia: CC BY-NC-ND 4.0

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que me hizo un colega durante una guardia larga: ¿qué haría una persona extraordinariamente inteligente si supiera que va a morir y decidiera no huir?

La respuesta que encontré fue Adeline de GrimaldiVinci: una mujer que convirtió su propia muerte en literatura, que usó la ficción como el único recipiente capaz de contener una verdad que la realidad no podía manejar de otra manera, y que eligió quedarse no por fatalismo sino por la convicción de que algunas cosas merecen ser terminadas aunque uno no vaya a ver el final.

Escribí esta novela como homenaje a Agatha Christie, que entendió antes que nadie que el misterio más interesante no es el del crimen sino el del carácter humano que lo produce. Y como homenaje a todas las personas que eligen la honestidad cuando la alternativa habría sido más cómoda y probablemente más larga.

LICENCIA

Esta obra está publicada bajo licencia

Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Se permite la reproducción y distribución no comercial siempre que se cite al autor. No se permite la modificación ni la creación de obras derivadas sin autorización expresa del autor.

PALABRAS CLAVE

Mónaco, novela policiaca, Agatha Christie, veneno, champagne, aristocracia europea, corrupción financiera, manuscrito, asesinato elegante, inspector, red financiera, Costa Azul, novela negra clásica, misterio, crimen de cuello blanco

TEMAS PRINCIPALES

La honestidad como forma de valentía irreversible. La literatura como herramienta de denuncia y como acto de resistencia. La complicidad del silencio y sus consecuencias morales. El amor como motivo de crimen y como forma de comprensión. La elegancia como cobertura del crimen. La corrupción sistémica en los círculos del privilegio. La diferencia entre justificar y explicar. Los objetos como testigos más confiables que las personas. La investigación como lectura de lo que el mundo real no quiere decir en voz alta.

CITAS DESTACADAS

Todo asesinato elegante comienza como literatura. — Adeline de GrimaldiVinci, Capítulo 4

El asesino no brinda. Observa los labios de la víctima. — Adeline de GrimaldiVinci, Capítulo 9

La víctima sabía que iba a morir. La pregunta es por qué eligió seguir. — Inspector Étienne Vallois, Capítulo 1

No hacemos que se quieran. Hacemos que se necesiten. — Adeline de GrimaldiVinci, Capítulo 7 (sobre las burbujas del champagne)

Las consecuencias de lo que ella hace son su responsabilidad. — Béatrice de GrimaldiVinci, Capítulo 7

Si muero, no busques al que me odia. Busca al que me leyó mejor. — Adeline de GrimaldiVinci, Capítulo 8

No quiero protección. Quiero que lo que ocurrió tenga consecuencias para las personas correctas. Y si yo soy una de esas personas, también. — Gabriel Santori, Capítulo 12

Las burbujas suben porque no saben hacer otra cosa. Eso no es valentía. Es naturaleza. La valentía es de quien las mira y decide que también puede. — Adeline de GrimaldiVinci, Epílogo

COMPARACIONES LITERARIAS

En su estructura de misterio clásico con detective como figura central, esta novela dialoga directamente con la obra de Agatha Christie, especialmente con *Cinco cerditos* y *El misterio de Roger Ackroyd*, donde el crimen no es solo un problema lógico sino un retrato del carácter humano en sus formas

más extremas. En su ambientación mediterránea de lujo con corrupción financiera subyacente, comparte territorio con las novelas de la Costa Azul de la tradición policiaca francesa. En su uso de la literatura dentro de la trama como clave para resolver el crimen, tiene puntos de contacto con la metaficción detectivesca de Paul Auster, aunque sin abandonar las convenciones del género clásico.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Por qué Adeline eligió quedarse sabiendo lo que iba a ocurrir? ¿Es esa elección valentía, fatalismo o algo que no tiene nombre exacto?

¿En qué medida es Gabriel Santori responsable de la muerte de Adeline? ¿Cambia esa responsabilidad el hecho de que bajara los ojos por vergüenza y no por indiferencia?

¿Puede entenderse el crimen de Alexandre como un acto de amor pervertido? ¿Y si puede entenderse así, esa comprensión cambia algo en el juicio moral que merece?

¿Qué distingue a Vallois de otros detectives del género clásico? ¿Es su método de leer objetos antes que personas más o menos eficiente que los métodos de Poirot o Miss Marple?

¿Cuál es el papel del manuscrito en la novela? ¿Es una trampa, una palanca, un testamento o las tres cosas simultáneamente?

¿Por qué el intermediario nunca es identificado públicamente? ¿Qué dice eso sobre la naturaleza del sistema que Adeline intentó desenmascarar?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, Salvador. *Champagne Espumoso*. Primera edición. Xalapa, Veracruz: edición del autor, 2025. Licencia CC BY-NC-ND 4.0.

OTRAS OBRAS

El último rojo del Soviet — Novela didáctica ambientada en la Cantina El Zar, Roma CDMX. Estilo Vargas Llosa.

Una España siempre en llamas — Novela coral sobre la familia Pereda Samaniego desde la guerra civil española hasta el presente. Estilo Pérez-Reverte.

Las voces de la razón — Novela coral ambientada en un seminario de La Sorbona, marzo 2026. Contenido histórico cien por ciento real. Estilo Pérez-Reverte.

La sangre del norte — Novela histórica genealógica que traza el linaje del Barón von Wrangel hasta la familia Rangel Abud en Xalapa. Estilo Pérez-Reverte.

La república que pudo haberse sembrado — Novela histórica contrafactual desde 1858 hasta el presente, centrada en Juárez y el mensaje de José María Mata. Estilo Pérez-Reverte.

Las cenizas del águila — Novela coral sobre la reconstrucción de México a través de dos generaciones de ciudadanos que eligen construir en lugar de solo criticar. Estilo Pérez-Reverte.

MENSAJE FINAL

Hay una clase de verdad que solo puede decirse disfrazada de ficción. No porque la verdad sea cobarde sino porque la ficción tiene una libertad que el reportaje no tiene: puede mostrar el interior de una mente, puede construir la lógica de una decisión desde adentro, puede hacer que el lector entienda lo que ocurrió no solo como hecho sino como consecuencia inevitable de quienes son las personas involucradas.

Adeline de GrimaldiVinci entendió eso.

Escribió *Champagne Espumoso* porque era la única forma de decir lo que sabía de una manera que durara más que ella duró.

ÍNDICE

PRÓLOGO:	<i>La mujer que brindó con su propia muerte</i>
CAPÍTULO 1:	<i>La Condesa de Cristal</i>
CAPÍTULO 2:	<i>El borde de la copa</i>
CAPÍTULO 3:	<i>Los hombres del puerto</i>
CAPÍTULO 4:	<i>La novela dentro del crimen</i>
CAPÍTULO 5:	<i>La editorial de los muertos</i>
CAPÍTULO 6:	<i>Alexandre de Marigny sonríe demasiado</i>
CAPÍTULO 7:	<i>La tía Béatrice y la pureza del linaje</i>
CAPÍTULO 8:	<i>El capítulo arrancado</i>
CAPÍTULO 9:	<i>Los labios de Adeline</i>
CAPÍTULO 10:	<i>La vendimia de los cadáveres</i>

CAPÍTULO 11:	<i>La habitación de cristal</i>
CAPÍTULO 12:	<i>El hombre que leyó demasiado bien</i>
CAPÍTULO 13:	<i>Champagne Espumoso</i>
EPÍLOGO:	<i>Las burbujas suben hacia la superficie</i>

CHAMPAGNE ESPUMOSO

Por Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

La mujer que brindó con su propia muerte

Puerto Hércules, Mónaco. Una noche de septiembre.

Hay una clase de velada que los monegascos reconocen con la misma infalibilidad con que reconocen el mistral: perfecta en su superficie, peligrosa en lo que no se ve. La noche del veintitrés de septiembre era exactamente esa clase de velada. El salón principal del *Hôtel de la Mer* contenía doscientas personas que colectivamente valían más que el presupuesto anual de varios países pequeños, todas bebiendo champagne y fingiendo con elegancia admirable que no se vigilaban mutuamente.

En el centro del salón, sobre un pedestal de cristal diseñado específicamente para la ocasión, una botella Nabucodonosor de quince litros captaba la luz desde cuatro ángulos distintos con la modestia de quien sabe exactamente lo que vale. Era la presentación de *Champagne Espumoso*, la cosecha más exclusiva jamás producida por la casa vinícola GrimaldiVinci: doce botellas numeradas a mano cuyo precio por unidad había circulado durante semanas en conversaciones susurradas con la misma reverencia con que otros circulan los rumores de divorcio. Nadie sabía la cifra exacta. Eso, naturalmente, era parte de la cifra exacta.

Béatrice de GrimaldiVinci observaba todo esto desde el rincón más estratégico del salón, que no era el más cómodo pero sí el que ofrecía una perspectiva sin ángulo muerto de la sala entera. Sesenta y ocho años, joyas heredadas de tres generaciones, una expresión que administraba la indignación con el mismo método y la misma ausencia de desperdicio con que otras personas administran el dinero. No bebía. Ante el champagne de su propia familia se podía permitir esa pequeña señal de desacuerdo.

A su lado, el conde Édouard Villeneuve —setenta y dos años, riqueza de origen suizo, el tipo de hombre que lleva décadas siendo el más rico en cualquier habitación y ha dejado de encontrar eso interesante— contemplaba la botella monumental con la expresión ligeramente aburrida del experto.

—Doce botellas —dijo Villeneuve, en el tono de quien comenta el tiempo—. Adeline sabe perfectamente cómo crear escasez artificial.

—Adeline —respondió Béatrice, sin molestarse en bajar la voz— sabe perfectamente cómo crear muchas cosas artificiales. Es su talento más consistente.

—¿Incluida la novela de la que todo el mundo habla?

Béatrice giró apenas la cabeza. Sus ojos encontraron a su sobrina al otro lado del salón, entre un grupo de financieros alemanes que reían demasiado para que el chiste hubiera sido tan bueno.

—Adeline lleva años convirtiendo la imaginación en problema —dijo Béatrice—. Esta vez simplemente eligió encuadernarlo.

Villeneuve sonrió con la comodidad de quien no tiene nada que perder en ninguna de las dos direcciones.

—¿Y es tan escandaloso como dicen?

—No lo he leído —dijo Béatrice, con una precisión que era en sí misma una respuesta diferente a la pregunta.

Al otro extremo del salón, alejado de los grupos principales con la incomodidad específica del hombre que lleva décadas en los mismos salones sin haberse acostumbrado del todo a ellos, Gabriel Santori esperaba de pie junto a la entrada de servicio. Setenta años, el único en la sala sin esmoquin —su traje oscuro de buen corte era ya una concesión suficientemente generosa—, maestro de bodega de la familia GrimaldiVinci desde hacía cuatro décadas. Conocía el champagne de esa botella mejor que nadie en el mundo: había supervisado su elaboración durante tres años, cosecha por cosecha, grado por grado, con la paciencia de los viejos artesanos que saben que el tiempo no es un enemigo sino el ingrediente principal.

El maestra sala Pierre Aumont se acercó a él con la bandeja vacía del servicio inicial. Tenía treinta y ocho años, era profesional y discreto, y llevaba guantes blancos como todos los empleados de esa noche excepto uno: él. En la mano derecha usaba un guante. En la izquierda, también.

Pero el índice derecho del guante estaba ligeramente abultado, como si cubriera algo más que un dedo.

—Maître Santori —dijo Aumont, en voz baja—. ¿La copa de madame ya está en su lugar?

Santori miró hacia la mesa central donde la copa personal de Adeline esperaba sobre su pequeño soporte de plata: más alta que las demás, más delgada, con el monograma familiar grabado en el cristal. La miraba con la expresión de quien conoce un objeto desde hace años y esta noche lo encuentra ligeramente diferente sin poder decir exactamente por qué.

—Está en su lugar —dijo Santori, finalmente—. No la toque nadie más. Madame es muy particular con esa copa.

—Por supuesto —dijo Aumont.

Santori asintió y dirigió la mirada hacia otro punto de la sala. No vio —o no quiso ver— que Aumont, al alejarse, sostenía la bandeja vacía con la mano izquierda solamente.

Adeline de GrimaldiVinci, la anfitriona, se movía entre sus invitados con la gracia de quien ha aprendido desde la infancia que la elegancia no consiste en no esforzarse sino en que el esfuerzo no se note. Treinta y cuatro años, vestido translúcido con bordados de hilos de plata, el cabello recogido con la sencillez estudiada de quien podría llevarlo de otras diez maneras y eligió esta porque era la que más inquietaba. Su copa personal permanecía sobre la mesa: no la tomaría hasta el brindis. Era una costumbre que los empleados de la casa conocían y respetaban como se respetan los rituales de las personas poderosas, que no por ser arbitrarios son menos obligatorios.

Alexandre de Marigny la interceptó entre el grupo de los financieros alemanes y el siguiente grupo, en ese espacio brevísimo entre conversación y conversación que era el único momento de la noche en que Adeline pertenecía a sí misma.

—Estás distante —dijo Alexandre, en voz lo suficientemente baja para que solo ella lo escuchara. Cuarenta y un años, la mandíbula de los hombres acostumbrados a que la cámara los encuentre favorables, la sonrisa de quien la practica.

—Estoy perfectamente presente —dijo Adeline, sin mirarlo—. Es lo que hacen los anfitriones. Estar presentes en todas partes al mismo tiempo.

—Esta mañana no respondiste mis mensajes.

—Esta mañana tenía cosas más urgentes que responder mensajes.

—¿Más urgentes que yo?

Adeline lo miró entonces, directamente, con una expresión que Alexandre no supo interpretar del todo y que el narrador —desde su ventajosa posición de quien ya conoce el final— reconoce como la mirada de alguien que está diciendo adiós a algo sin poder decirlo en voz alta.

—Siempre hay algo más urgente, Alexandre —dijo ella—. Eso es lo que hace interesante la vida. —Hizo una pausa brevísima—. Y los libros.

Alexandre sonrió. Era la sonrisa de quien escuchó la parte agradable de una frase y decidió no escuchar la otra.

—Esta noche es tuya —dijo—. Lo mereces.

—Esta noche es de las burbujas —dijo Adeline, y se alejó hacia el siguiente grupo.

Alexandre se quedó un momento donde estaba, sosteniendo su copa, antes de voltearse hacia la sala con la naturalidad de quien recompone una expresión deliberadamente.

El discurso llegó cuando el salón había alcanzado ese punto óptimo de relajación que el champagne produce en las personas que pueden permitirse relajarse: suficientemente jovial para que las palabras parezcan ligeras, suficientemente atento para que nada importante se pierda. Adeline tomó su copa del soporte de plata, se colocó frente a la botella Nabucodonosor y esperó el silencio con la paciencia de quien sabe que llegará sin pedirlo.

Llegó.

—El champagne —comenzó, con la voz de quien ha hablado ante audiencias difíciles desde la adolescencia— es la única bebida que le hace al tiempo lo que el tiempo le hace a todo lo demás: lo transforma. Lo que era uva se convierte en algo que la uva nunca imaginó ser. —Sonrió levemente—. Igual que las personas, si se lo permiten.

Risas discretas. Aprobación. El territorio conocido de una anfitriona que sabe exactamente cuándo hacer reír a su audiencia.

—Pero lo que más admiro del champagne —continuó, y aquí el tono cambió apenas, lo suficiente para que quienes la conocían bien lo notaran y quienes no la conocían lo confundieran con énfasis retórico— es la honestidad de sus burbujas. Suben. Siempre suben. No hay cristal suficientemente grueso, no hay presión suficientemente grande para impedirlo. Las burbujas encuentran la superficie porque es su naturaleza encontrarla. —Hizo una pausa—. Como la verdad. A la que el champagne le tiene, en ese sentido, una ventaja considerable: que la verdad a veces tarda más.

Más risas. Más aprobación. En el rincón estratégico, Béatrice sostenía su copa vacía con una presión apenas perceptible en los nudillos.

El narrador puede observar, desde su cómoda posición de omnisciencia, que mientras Adeline pronunciaba esas últimas palabras, una sola persona en el salón no estaba mirando su rostro.

Estaba mirando su copa.

—Por *Champagne Espumoso* —dijo Adeline, alzando la suya—. Y por las verdades que suben solas.

Doscientas copas se alzaron con el sonido del cristal fino, que es distinto al del cristal ordinario como el trueno es distinto al aplauso. Adeline bebió la primera, con la naturalidad de quien bebe en su propia casa.

El maestresala Pierre Aumont, desde su posición junto a la entrada de servicio, observó el momento con la atención profesional de quien verifica que todo salió correctamente. Luego bajó los ojos. El guante de la mano derecha tenía, en el índice, una pequeña zona más oscura que el resto, del tipo que produce el contacto con un compuesto que tiñe antes de secar.

Lo que ocurrió a continuación fue brutal en su brevedad.

Adeline bajó la copa. Dos segundos. Tres. Su expresión cambió de una manera que nadie supo nombrar exactamente: no fue dolor, no fue alarma. Fue algo más parecido al reconocimiento, la expresión de quien encuentra en la realidad algo que conocía de otro lugar, como si la escena que estaba viviendo le resultara familiar de una manera que resultaba imposible de explicar.

Luego llegó el temblor en las manos.

La copa cayó primero. El cristal monogramado se rompió en cuatro piezas sobre el mármol del salón, y el sonido fue tan pequeño, tan desproporcionadamente pequeño con relación a lo que significaba, que algunas personas creyeron haber escuchado mal. Luego cayó Adeline. Las doscientas personas se convirtieron en doscientas estatuas con las copas en el aire, incapaces de procesar la velocidad con que la noche perfecta había dejado de serlo.

El salón guardó silencio durante cuatro segundos.

Después llegaron los gritos.

El inspector Étienne Vallois llegó al *Hôtel de la Mer* cuarenta minutos después de la llamada. Cincuenta y tres años, impermeable oscuro ligeramente húmedo de la garúa que había comenzado sobre el puerto, la expresión de quien ha visto suficientes escenas del crimen para haber dejado de verlas como escenas y empezar a verlas como conversaciones interrumpidas. Encontró el salón convertido en el teatro de la confusión ordenada: la Sûreté Publique había aislado el recinto, los invitados esperaban en grupos separados con la incomodidad de quienes no están acostumbrados a que se les pida que esperen, y el cuerpo de Adeline de GrimaldiVinci yacía cubierto en el centro bajo la luz que el pedestal de cristal seguía dirigiendo porque nadie había pensado en apagar los focos.

Vallois hizo lo que siempre hacía antes de hablar con cualquier persona: recorrió el espacio.

Le llevó doce minutos. Examinó la botella monumental, las copas en manos de algunos invitados que no las habían soltado, las cámaras de seguridad y sus ángulos, las salidas de emergencia, al personal de servicio alineado contra la pared con la palidez uniforme de quienes acaban de comprender que son sospechosos.

Y finalmente los fragmentos de la copa personal de Adeline, que un agente había reunido cuidadosamente en una bandeja de plata —la elegancia monegasca de poner todo en lo mejor disponible aunque lo mejor disponible fuera una bandeja de servicio—, Vallois encontró en uno de los fragmentos una pequeña mancha que no correspondía al vino. Demasiado oscura. Demasiado localizada en el borde exterior. Del tipo que se nota solo cuando uno busca específicamente cosas que no deberían estar donde están.

Nadie más la había notado.

La fotografió con su teléfono personal antes que con el equipo oficial. Luego se quedó mirando el fragmento un momento más largo de lo estrictamente necesario, con la expresión de quien no sabe todavía para qué sirve una cosa pero tiene la certeza, basada en veinte años de trabajo, de que las cosas sin explicación obvia son invariablemente las que más importan.

Después guardó el teléfono y fue a buscar al jefe de personal.

—El maestresala —dijo—. El que sirvió la copa de la señorita de GrimaldiVinci. Quiero hablar con él primero.

El jefe de personal lo miró con la confusión del que no entiende por qué ese empleado específico y no los testigos más cercanos a la víctima.

—¿Aumont? —dijo—. Está allí, inspector. Con el resto del personal.

—Bien —dijo Vallois—. Y dígame: ¿tiene Aumont alguna lesión en la mano?

El jefe de personal parpadeó.

—Creo que... creo que sí. En el índice derecho. Se quemó hace unos días, dijo. Un accidente doméstico.

—Un accidente doméstico —repitió Vallois, con el tono de quien anota algo que no cree pero que todavía no puede demostrar que no cree.

Empezaría por Aumont.

Ese criterio, a lo largo de su carrera, nunca lo había decepcionado.

CAPÍTULO 1

La Condesa de Cristal

Villa GrimaldiVinci, Mónaco. La mañana siguiente.

La villa de los GrimaldiVinci se encontraba en la parte alta del Principado, donde el terreno sube con la terquedad de quien no está dispuesto a cederle espacio al mar aunque el mar lleve siglos intentándolo. Era una construcción del siglo XIX que sus sucesivos propietarios habían ido modificando con la inconsistencia de las familias que tienen dinero suficiente para mejorar cualquier cosa y gustos suficientemente cambiantes para no mejorar ninguna de manera definitiva. El resultado era un edificio que funcionaba perfectamente como símbolo de algo sin que nadie pudiera decir con precisión de qué.

Étienne Vallois llegó a las ocho de la mañana y pidió que lo dejaran solo en el despacho privado de Adeline.

El agente que lo había acompañado desde la entrada miró su reloj con la expresión del que calcula cuánto tardará esto.

—¿Cuánto tiempo necesita, inspector?

—Una hora —dijo Vallois.

—¿Una hora? El equipo forense ya terminó con el despacho anoche. Si quiere los informes...

—Los informes los leeré después —dijo Vallois—. Ahora necesito el despacho.

El agente abrió la boca para decir algo sobre el protocolo. Vallois lo miró con la paciencia de quien ha tenido esa misma conversación doscientas veces y sabe exactamente cómo termina.

—Una hora —repitió.

El agente se fue. Vallois entró y cerró la puerta.

Su método era sencillo en su descripción e imposible de enseñar en la práctica: leer los objetos de una habitación antes de leer a las personas que la habitaron. Las personas construyen versiones de sí mismas que ajustan según la audiencia. Los objetos no tienen audiencia. Existen simplemente, con la indiferencia de quien no sabe que está siendo observado, y por eso dicen lo que dicen sin editar.

Lo primero que notó fue la biblioteca. Cuatrocientos libros aproximadamente, encuadernaciones de distintas épocas y procedencias, organizados con un principio que tardó tres minutos en identificar: por color. No por autor, no por tema, no por tamaño. Por el color de los lomos. Azules con azules, rojos con rojos, una progresión que en el extremo derecho pasaba del amarillo al naranja con la gradación de un atardecer.

Eso le dijo algo sobre Adeline. Una mente que organiza la información por criterios estéticos en lugar de funcionales es una mente que confía en la asociación antes que en la categoría. No necesariamente menos inteligente: frecuentemente más. Pero también más vulnerable a la belleza de una idea que a su verificación.

Lo segundo fueron los ceniceros. Tres, distribuidos en distintos puntos de la habitación, de distintos materiales y épocas. Adeline no fumaba: eso lo había confirmado el médico personal de la familia la noche anterior. Pero tres ceniceros en un despacho de no fumadora significan visitas frecuentes de fumadores, visitas lo suficientemente regulares para que los ceniceros fueran una cortesía establecida y no una improvisación.

Anotó en su libreta: *Fumadores habituales en el despacho. ¿Quiénes?*

Lo tercero fue el escritorio. Tres cajones: dos con llave, uno sin ella. Los dos con llave los abrió con el juego de llaves que el equipo forense había encontrado en el bolso de Adeline. Contenían lo que se esperaba:

documentos de la casa vinícola, correspondencia personal, un pasaporte y varios contratos firmados. El cajón sin llave estaba vacío.

No vacío en el sentido de que no había nada importante. Vacío en el sentido de que no había nada. Ni siquiera el polvo acumulado que dejan los cajones que llevan tiempo sin usarse. Ese cajón había sido limpiado recientemente, con suficiente cuidado para no dejar rastros visibles pero con suficiente prisa para no haber sido perfectamente invisible al ojo de quien buscaba exactamente eso.

Alguien había vaciado ese cajón antes de que llegara la policía.

Vallois anotó esto con más detalle que las otras observaciones. En su experiencia, lo que falta en una habitación dice más sobre lo que ocurrió que lo que permanece. Lo que permanece puede haber sido olvidado, o dejado deliberadamente, o simplemente no haber valido el esfuerzo de llevarse. Lo que falta fue considerado suficientemente importante para correr el riesgo de buscarlo mientras la víctima todavía estaba en el suelo del *Hôtel de la Mer*.

Pasó el resto de la hora revisando el espacio con la sistematicidad que parecía contradecir la hora de aparente inactividad inicial: los marcos de las fotografías en la pared, el contenido del cesto de papeles, los objetos sobre el escritorio, el estado de las ventanas, la colección de plumas estilográficas junto al secante.

Fue en las fotografías donde encontró lo que no buscaba, que era siempre lo más interesante.

Había ocho marcos. Siete contenían lo predecible: Adeline en distintas edades con distintas personas en distintos contextos sociales. El octavo era diferente. No por su contenido sino por su ubicación: era el único enmarcado en el lado izquierdo del escritorio, el lado que quedaba de cara a quien trabajaba sentado, mientras todos los demás estaban en la pared a la espalda de la silla, orientados hacia las visitas.

La fotografía mostraba una cena privada. Mesa grande, quizás doce personas, en un interior que por los detalles de la decoración parecía ser un club privado o una residencia de categoría. Adeline estaba sentada a la derecha, joven, veintitantos años, con la expresión de alguien que está escuchando algo que encuentra genuinamente interesante. A su izquierda, Béatrice, más joven también pero ya con la postura de quien administra el espacio a su alrededor con método y sin desperdicio.

Y al fondo de la imagen, de espaldas a la cámara, un hombre en traje oscuro de corte impecable. Era imposible ver su rostro. Pero la postura —los hombros, el ángulo de la cabeza levemente inclinada hacia la persona a su derecha, la mano sobre la mesa con un gesto específico al sostener la copa— tenía una particularidad que Vallois no supo nombrar de inmediato pero que guardó en la memoria con la atención que reservaba para las cosas que todavía no entendía.

Salió del despacho exactamente a los sesenta minutos.

El agente lo esperaba en el corredor con la expresión del que esperaba desde hacía tiempo y prefería no decirlo.

—¿Encontró algo útil? —dijo.

—Varias cosas —dijo Vallois—. ¿Hay alguien de la familia disponible para hablar?

—La tía, madame Béatrice, está en el salón. Los empleados de la villa están reunidos en la cocina. El prometido llegó hace media hora pero su abogado dice que necesita tiempo antes de cualquier declaración formal.

—El abogado puede esperar —dijo Vallois—. Empecemos con los empleados.

La cocinera de la villa, madame Colette Arsenault, llevaba veintidós años en la casa y tenía la memoria de los testigos que no saben que son testigos: precisa en los detalles domésticos, completamente ciega para su significado. Sirvió café sin que nadie se lo pidiera y habló de Adeline con el afecto de quien describe a alguien que le resultaba difícil pero cuya dificultad había aprendido a querer con el tiempo.

—Era exigente —dijo madame Arsenault, envolviendo las manos en el delantal—. Pero justa, eso sí. Si algo no le gustaba, lo decía en el momento y no lo recordaba después. No guardaba rencor por las cosas pequeñas.

—¿Y por las grandes? —preguntó Vallois.

Madame Arsenault lo miró.

—Eso no lo sé, inspector. Las cosas grandes de madame Adeline no pasaban por la cocina.

—¿Recibía visitas frecuentes en el despacho?

—Frecuentes, sí. Siempre sola con ellos, siempre con la puerta cerrada. Yo llevaba el café y lo dejaba fuera si la puerta estaba cerrada.

—¿Y notó algo diferente en las últimas semanas? ¿Visitas nuevas, actitudes distintas en ella?

La cocinera pensó con la seriedad de quien no quiere equivocarse.

—Estaba más... concentrada. Como cuando está terminando algo. Madame tenía esa manera cuando estaba por terminar algo importante: se volvía muy quieta pero muy presente al mismo tiempo. Como el champagne antes de que uno quite el corcho.

Vallois anotó eso. Era la descripción más útil que había escuchado hasta ahora y venía de alguien que nunca había estado en el despacho.

La segunda conversación fue con Henri Lacombe, el asistente personal de Adeline, treinta y un años, el tipo de hombre eficiente que las personas poderosas necesitan para funcionar y que las personas poderosas raramente consideran del todo como personas. Lacombe sabía

exactamente qué cajones tenía el escritorio de Adeline, qué contenía cada uno y cuándo fue la última vez que los había visto abiertos.

—El cajón izquierdo inferior —dijo Vallois—. El que no tiene llave. ¿Qué guardaba madame allí?

Lacombe no dudó.

—Sus notas de trabajo. El borrador del libro.

Vallois levantó los ojos del cuaderno.

—¿Qué libro?

—Madame estaba escribiendo algo —dijo Lacombe, con la incomodidad del que revela algo que no sabe si debería revelar—. No me dijo que era exactamente. Solo que era importante y que no debía mencionarlo.

—¿Y usted lo vio alguna vez?

—Vi páginas sueltas en el escritorio. Letra de madame, algunas palabras tachadas, márgenes llenos de anotaciones. No lo leí. No era mi lugar.

—¿Cuándo fue la última vez que vio esas páginas?

Lacombe pensó.

—Hace cuatro días. El miércoles. Madame las guardó en el cajón cuando entré a confirmar los detalles de la gala.

—¿Y el cajón estaba vacío esta mañana?

—Eso me dijo el agente que revisó el despacho anoche, sí.

Vallois cerró el cuaderno. En cuatro días, entre el miércoles y la noche de la gala, alguien había vaciado ese cajón. O Adeline misma lo había vaciado antes de la gala, lo que significaba que sabía que esa noche algo podía ocurrir. O alguien más lo había vaciado después, lo que significaba que sabía exactamente qué buscar y dónde encontrarlo.

Las dos posibilidades eran igualmente perturbadoras y, por ahora, igualmente posibles.

El hallazgo llegó cuarenta minutos después, cuando Vallois pidió revisar personalmente el resto de la biblioteca del despacho. No el contenido de los libros sino los libros como objetos: sus lomos, sus posiciones, los espacios entre ellos. En la tercera sección desde la derecha, donde los lomos pasaban del verde oscuro al verde claro con la misma lógica cromática del resto, encontró una anomalía. Cuatro volúmenes presentaban un ángulo ligeramente distinto a los que los flanqueaban. No mucho. Lo suficiente para sugerir que habían sido retirados y recolocados por alguien que prestó atención al color pero no a la inclinación exacta.

Detrás de esos cuatro volúmenes, empujando suavemente la madera del fondo del estante, encontró el compartimento.

No era sofisticado: una cavidad de veinte por quince centímetros, construida cuando la estantería fue instalada o modificada después. Dentro había un fajo de páginas manuscritas, quizás ochenta, sujetas con un clip

de plata y encabezadas por una portada escrita con la misma letra que Lacombe había descrito: *Champagne Espumoso*, y debajo, en letras más pequeñas, *por C.E.*

Vallois lo tomó con cuidado, usando los guantes que nunca se ponía para los procedimientos de rutina pero que siempre llevaba en el bolsillo interior del saco. Lo hojeó de pie, junto a la estantería, durante veinte minutos largos.

Lo que leyó era una novela. O algo que tenía la forma de una novela pero que funcionaba como otra cosa: un mapa de personas reales disfrazadas con nombres distintos, situaciones reconocibles para cualquier habitante de los círculos financieros del Principado, y un nivel de detalle sobre operaciones específicas que ningún novelista podría inventar porque ningún novelista tendría acceso a esos detalles sin haberlos vivido o sin que alguien muy cercano los hubiera vivido y luego hablado.

La última página que leyó antes de cerrar el manuscrito describía una muerte: una mujer bebía de una copa de champagne en una gala multitudinaria y moría mientras doscientas personas la observaban sin entender lo que estaban viendo. La descripción era tan precisa que Vallois sintió por un momento la extrañeza de leer el informe de un crimen antes de haber terminado de investigarlo.

Cerró el manuscrito.

Lo dejó sobre el escritorio, entre los objetos que el equipo forense catalogaría más tarde.

Luego se quedó quieto en el despacho vacío durante un momento que no fue largo pero que tampoco fue corto, con la mirada en la ventana que daba al jardín y al mar que se veía apenas entre los pinos, y dijo en voz baja lo que había comprendido:

—La víctima sabía que iba a morir. La pregunta es por qué eligió seguir.

No había nadie en el despacho para escucharlo. Esa era, exactamente, la razón por la que lo dijo en voz alta.

CAPÍTULO 2

El borde de la copa

Laboratorio forense de la Sûreté Publique y Villa GrimaldiVinci. Dos días después.

La doctora Isabelle Moreau tenía la costumbre de trabajar con la radio apagada, lo cual la distinguía de la mayoría de sus colegas forenses y le producía una reputación de severidad que ella encontraba injusta. No era severidad. Era que el silencio le permitía escuchar lo que las muestras le decían, y las muestras de este caso en particular llevaban dos días diciéndole algo que no acababa de gustarle.

Vallois llegó al laboratorio a las diez de la mañana sin avisar, que era su manera habitual de llegar a cualquier parte donde esperaba encontrar información sin que la información hubiera tenido tiempo de ordenarse para recibirlo.

Moreau levantó los ojos del microscopio con la expresión de quien no está sorprendida de que alguien llegue sin avisar porque ya sabe quién es ese alguien.

—Inspector —dijo—. Llega justo cuando tengo algo que mostrarle y justo antes de que haya terminado de entenderlo del todo. No sé si eso es buena suerte o mala.

—¿Cuál prefiere usted? —dijo Vallois, tomando asiento en el taburete que había frente a la mesa de trabajo sin que nadie lo invitara.

—La mala —dijo Moreau—. La buena me hace descuidada.

Se giró hacia la pantalla donde tenía proyectados los resultados del análisis espectrométrico de los fragmentos de la copa. El espectro mostraba picos que Vallois no sabía leer pero que Moreau señalaba con la precisión de quien ha pasado veinticinco años aprendiendo el idioma de las sustancias.

—El champagne estaba limpio —dijo Moreau—. Todas las botellas, incluida la Nabucodonosor. El veneno no estaba en el líquido.

—¿Dónde estaba?

—En el cristal —dijo Moreau—. Específicamente en el borde exterior de la copa personal de madame de GrimaldiVinci. Hay rastros de aconitina en una concentración suficiente para ser letal en el primer contacto con mucosa oral.

Vallois no dijo nada durante un momento. Moreau reconoció ese silencio: era el silencio de alguien que estaba integrando información nueva con algo que ya sabía.

—¿Aconitina? —dijo finalmente.

—Derivado del acónito. Una planta. Históricamente se la conoce como el veneno de las reinas. —Moreau se permitió una leve ironía—. En los círculos aristocráticos europeos tiene cierta tradición.

—¿Cuánto tarda en actuar?

—Depende de la dosis y de la formulación. Esta variante fue modificada para retardar la absorción durante los primeros minutos y luego producir un colapso rápido. Eso explica que madame de GrimaldiVinci tuviera ese breve período de aparente lucidez antes de perder el control motor.

Vallois recordó la expresión de desconcierto en los videos de seguridad. No dolor. Reconocimiento.

—¿Esa modificación es accesible? ¿Cualquier persona con conocimiento básico de química podría hacerla?

Moreau lo miró con la expresión de quien está a punto de decir algo que el inspector no querrá escuchar.

—No —dijo—. Requiere conocimiento de farmacología avanzada, acceso a equipamiento de laboratorio y, lo que es más relevante para su investigación, conocimiento previo de la composición exacta de esa cosecha específica de champagne.

—¿Por qué?

—Porque la formulación fue diseñada para activarse con el perfil químico particular de *Champagne Espumoso* —dijo Moreau—. El nivel de azúcar residual, la concentración de ácido tartárico, el pH específico de esa vendimia. Con otro vino, habría producido un resultado diferente. Con ese champagne, produjo exactamente lo que vemos en el informe de autopsia.

Vallois se quedó mirando la pantalla durante un momento.

—Lo que me está diciendo —dijo— es que quien preparó esto sabía con anticipación qué iba a beber y en qué copa.

—Exactamente.

—Y que necesitaba acceso al despacho técnico de la producción de esa cosecha.

—O a alguien que tuviera ese acceso y estuviera dispuesto a proporcionarle la información. Sí.

Vallois anotó en su libreta con la letra apretada que usaba cuando no quería que nadie leyera lo que escribía por encima de su hombro. Moreau esperó.

—¿Hay algo más que el análisis le haya dicho y que todavía no me haya dicho? —preguntó Vallois.

Moreau dudó un instante. No por falta de respuesta sino por el tipo de pausa que produce la persona que está a punto de decir algo que considera importante y quiere asegurarse de que la otra persona también lo considere importante.

—Hay una cosa —dijo—. La mancha que usted fotografió en el borde externo del fragmento de cristal. La que no correspondía al vino ni al suelo.

—Sí.

—Es grasa de guante de látex —dijo Moreau—. Del tipo que se usa en el servicio de mesa de alta gama cuando se quiere evitar huellas en el cristal. No hay nada inusual en eso: todos los empleados de servicio de la gala usaban guantes. Pero esta grasa contiene un residuo adicional. Un compuesto orgánico que no pertenece al guante.

—¿A qué pertenece?

—A la formulación de la aconitina —dijo Moreau—. Quien aplicó el veneno sobre el borde de la copa lo hizo con guante, pero el guante había estado en contacto previo con la sustancia y dejó una transferencia mínima en el cristal. Mínima pero detectable.

—¿Y el maestra sala? —dijo Vallois—. La quemadura en el índice derecho.

—El análisis del guante que portaba Aumont esa noche confirma trazas de aconitina en el índice derecho. —Moreau hizo una pausa—. Pero hay un problema, inspector.

—¿Cuál?

—La quemadura en su dedo es real y es anterior a la gala. Fue producida por ácido, no por aconitina. Aumont estuvo en contacto con una sustancia corrosiva, probablemente durante la preparación o en el momento de aplicar el veneno al cristal. Eso es consistente con alguien que manipuló un compuesto químico sin experiencia suficiente.

—¿Aumont tenía conocimiento farmacológico para preparar eso?

—Absolutamente no —dijo Moreau—. Lo que tenía Aumont era acceso a la copa y una quemadura que indica que alguien le entregó algo que él no sabía completamente cómo manejar. Aumont no preparó el veneno. Lo aplicó. La diferencia es sustancial.

—Alguien le dio la copa ya tratada —dijo Vallois.

—O le dio el compuesto y le explicó cómo aplicarlo. En cualquier caso, Aumont es el instrumento. No la mente.

Vallois cerró la libreta. Moreau apagó la pantalla y comenzó a organizar sus notas con los movimientos metódicos de quien ordena su pensamiento a través del orden físico.

—Una última pregunta —dijo Vallois—. La descripción que acaba de hacerme. ¿Podría aparecer en un libro?

Moreau lo miró.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que alguien sin formación farmacológica pero con acceso a bibliografía especializada podría haber llegado a este método leyendo.

—Con la bibliografía correcta y tiempo suficiente, posiblemente —dijo Moreau—. Pero el ajuste a la composición específica del champagne requería información que no está en ningún libro de toxicología general. Eso requería trabajo de laboratorio o la asesoría de alguien con experiencia en el campo.

—¿O ambas cosas?

—O ambas cosas —confirmó Moreau.

Vallois salió del laboratorio y fue directamente a la villa, donde solicitó hablar nuevamente con Henri Lacombe. El asistente lo recibió en la sala de trabajo anexa al despacho con la misma eficiencia discreta de la vez anterior, aunque con una tensión adicional que Vallois atribuyó correctamente a haber pasado dos noches durmiendo mal.

—Tengo preguntas sobre las visitas al despacho —dijo Vallois—. Usted mencionó que madame recibía con frecuencia a fumadores. Necesito nombres.

—Los que recuerdo —dijo Lacombe—. ¿Todos?

—Todos.

Lacombe comenzó a enumerar. Vallois anotó sin interrumpir: cuatro nombres del sector financiero, dos de la administración portuaria, un abogado, un periodista que Lacombe describió como *de los que hacen preguntas que nadie quiere responder*.

—¿Gabriel Santori? —preguntó Vallois.

—Sí. Maître Santori venía una vez por semana, siempre el miércoles por la tarde. Fumaba en pipa. Madame no le pedía que apagara.

—¿Y Alexandre de Marigny?

—Monsieur de Marigny no fuma —dijo Lacombe.

Vallois levantó los ojos del cuaderno. Era una respuesta que no había pedido, lo cual significaba que Lacombe la tenía preparada o que la relación entre Alexandre y los ceniceros del despacho ya le había llamado la atención también.

—¿Venía con frecuencia al despacho?

—Cuando venía a la villa, sí. Pero madame no siempre lo invitaba al despacho. A veces se quedaban en el salón principal.

—¿Notó alguna diferencia entre esas ocasiones? ¿Cuándo lo invitaba al despacho y cuándo no?

Lacombe pensó con cuidado.

—Cuando tenían que hablar de algo importante, lo invitaba al despacho. Cuando era una visita social, se quedaban en el salón. —Hizo una pausa—. En las últimas semanas, inspector, creo que solo fueron al salón.

—¿Quiere decir que no hubo visitas al despacho en las últimas semanas?

—No de monsieur de Marigny, no. —Lacombe dudó—. Aunque hubo una vez que lo encontré en el corredor frente a la puerta del despacho. Madame no estaba en casa esa tarde. Le pregunté si necesitaba algo y me dijo que buscaba un libro que madame le había prometido prestarle.

—¿Se lo encontró?

—No lo sé, inspector. Me pidió que no lo molestara y yo fui a ocuparme de otras cosas.

Vallois anotó eso con una estrella al margen.

—Una última cosa —dijo—. En el despacho hay una fotografía. En la pared izquierda, enmarcada en plata, una cena privada con varios comensales. ¿La conoce?

—Sí —dijo Lacombe—. La tiene desde hace años. No sé de qué cena es. Lo que sé es que madame la movió hace unos meses. Antes estaba en la pared detrás del escritorio, donde están las otras fotografías. La pasó al lado izquierdo, donde la ve quien trabaja sentado.

—¿Sabe por qué la movió?

Lacombe negó con la cabeza.

—No. Solo noté que había cambiado de lugar porque me pregunté si debía limpiar el espacio que había dejado en la pared.

Vallois salió de la villa y regresó a pie hacia el puerto, que era su manera de pensar: caminando sin prisa, mirando el suelo cada tanto con la expresión de quien mantiene dos conversaciones simultáneas, una con el exterior y otra más lenta y más profunda consigo mismo.

Alguien con conocimiento farmacológico avanzado había preparado un veneno diseñado específicamente para esa cosecha de champagne. Alguien con acceso a la copa personal de Adeline la había tratado antes de la gala. Aumont era el instrumento de la operación, no su arquitecto. El cajón del escritorio había sido vaciado en la ventana entre el miércoles y la noche de la gala. Alexandre de Marigny había sido encontrado frente a la puerta del despacho vacío en fecha indeterminada. Y Adeline había movido una fotografía de la pared trasera a la pared frontal de su escritorio, de la pared que ven las visitas a la pared que ve ella sola.

¿Por qué mueve una persona una fotografía al lugar donde solo ella puede verla?

Vallois se detuvo un momento frente a un escaparate cuyo contenido no vio, porque no estaba mirando el escaparate.

Porque quiere recordar algo. O porque quiere no olvidarlo. O porque la fotografía le dice algo que no quiere perder de vista mientras trabaja. Adeline había pasado semanas escribiendo un manuscrito sobre personas reales con nombres falsos, sobre operaciones financieras que ella conocía con demasiado detalle para haberlas inventado. Y en algún momento de ese proceso había decidido que necesitaba ver esa fotografía cada vez que levantaba los ojos del papel.

El hombre de espaldas era parte de la historia que Adeline estaba contando.

Probablemente era parte de la historia que Adeline estaba viviendo.

Vallois reanudó la caminata hacia el puerto y se permitió, por primera vez desde que abrió los ojos esa mañana, la satisfacción moderada del investigador que empieza a ver la forma de lo que todavía no puede ver completamente. No era una conclusión. Era el contorno de una conclusión, que en su experiencia era exactamente donde había que estar al segundo día de una investigación como esta: suficientemente cerca para saber en qué dirección caminar, suficientemente lejos para que el camino todavía pudiera producir sorpresas.

Las sorpresas, había aprendido en veinte años de trabajo, eran las únicas cosas que mantenían honesto a un investigador. El investigador que deja de sorprenderse es el investigador que empezó a confirmar lo que ya cree en lugar de descubrir lo que todavía no sabe.

Esa noche, antes de dormir, Vallois abrió el manuscrito de Adeline por segunda vez. No para leerlo completo. Para buscar la escena de la muerte que había leído esa mañana en el despacho, la que describía a una mujer muriendo de una copa envenenada frente a una multitud.

La encontró en la página ochenta y uno.

La leyó despacio.

Y al final de la escena, en el párrafo que había pasado por alto la primera vez porque lo había leído con la prisa del descubrimiento, encontró una línea que Adeline había subrayado con pluma roja, el único subrayado en todo el manuscrito: *El asesino no brinda. Observa los labios de la víctima.*

Vallois cerró el manuscrito.

Mañana vería los videos de la gala otra vez. Pero esta vez no buscaría quién se acercó a la copa. Buscaría quién no apartó los ojos de Adeline en el momento exacto en que ella bebió.

CAPÍTULO 3

Los hombres del puerto

Puerto Hércules y la Sûreté Publique, Mónaco. Cuatro días después de la gala.

El puerto Hércules de Mónaco es, para quien sabe mirarlo con los ojos correctos, el texto más honesto del Principado. No la fachada de los casinos ni los hoteles con sus conserjerías impasibles ni los salones donde la gente poderosa finge que no está evaluando a todo el mundo. El puerto. Los registros de atraque. Los horarios de entrada y salida. Los manifiestos de carga. En esos documentos anodinos, archivados con la pulcritud burocrática de quienes no sospechan que alguien algún día querrá leerlos de manera diferente, Étienne Vallois comenzó a encontrar el mapa de una red que llevaba años funcionando a plena vista de todos y sin que nadie la mirara.

Los derechos históricos de los Grimaldi-Vinci sobre los muelles databan de una concesión del siglo XVIII que ninguna administración había revisado completamente porque ninguna administración había encontrado razones para hacerlo. Cada embarcación que utilizaba ciertos muelles específicos generaba un registro que pasaba por la familia. Era un privilegio arcaico que en la práctica moderna significaba que una copia de cada manifiesto de atraque llegaba a un despacho de la villa y que una persona de la familia firmaba una constancia de recepción. Adeline había heredado esa función de Béatrice hacía cinco años. Y Adeline, a diferencia de Béatrice, había decidido leer lo que firmaba.

El subinspector Renard, asignado como apoyo de Vallois desde el segundo día, llegó al despacho del inspector con tres cajas de archivos y la expresión del hombre que ha pasado cuarenta y ocho horas revisando papeles portuarios y tiene preguntas que no sabe si son importantes o no.

—Inspector —dijo Renard, dejando las cajas sobre la mesa con el cuidado de quien sabe que su jefe va a pedirle que las ordene de otra manera—. Hay algo en estos registros que no sé cómo interpretar.

—Muéstremelo —dijo Vallois.

Renard sacó una carpeta de la primera caja. La abrió sobre la mesa, señalando una columna de fechas y números de registro.

—Hay diecisiete embarcaciones que en los últimos tres años atracaron en el muelle cuatro de los GrimaldiVinci, descargaron carga declarada como vinos de colección en tránsito, y volvieron a zarpar en menos de cuatro horas —dijo—. El tiempo promedio de descarga para ese tipo de carga en ese muelle es entre doce y dieciséis horas. Cuatro horas no alcanza para descargar lo que declaran.

—¿Y qué declaran?

—Entre doce y veinte cajas de botellas por embarque. Peso declarado consistente con eso. —Renard hizo una pausa—. Pero el registro de la grúa del muelle cuatro no registra actividad en esos períodos. Las grúas tienen contador automático de ciclos. Si descargaran doce cajas, habría entre cuatro y seis ciclos de grúa. No hay ninguno.

Vallois miró la carpeta.

—¿Y a dónde va la carga declarada? ¿Hay destinatario?

—Un almacén en Beausoleil. Al otro lado de la frontera francesa, a tres kilómetros de aquí. El almacén existe. Tiene licencia de importación de vinos finos. Pero si llamé ayer al encargado del almacén para preguntar por los últimos tres embarques de esa empresa naviera, me dijo que no recibieron nada de ellos en el último año.

Vallois se recostó en la silla y miró el techo durante un momento.

—¿Tiene los nombres de los propietarios de esas diecisiete embarcaciones?

—Diecisiete propietarios distintos —dijo Renard—. Doce de ellos registrados en jurisdicciones offshore. Pero hay algo interesante.

—Dígame.

—Cinco de esas embarcaciones tienen el mismo agente naviero en Gibraltar. Una empresa llamada Meridian Maritime Services. —Renard sacó otra carpeta—. Y el representante legal de Meridian Maritime Services en Mónaco es el bufete Chavanne et Associés.

—¿El bufete de Alain Chavanne?

—El mismo.

Vallois conocía a Alain Chavanne de dos casos anteriores que no habían llegado a ninguna parte porque Chavanne era del tipo de abogado que pone una distancia legal perfectamente infranqueable entre sus clientes y cualquier consecuencia de sus acciones. Era también, recordó Vallois, el abogado que había llegado a la villa el día después de la muerte de Adeline para representar a Alexandre de Marigny.

—Buen trabajo, Renard —dijo Vallois.

El subinspector pareció ligeramente sorprendido, que era la reacción natural de alguien que no estaba acostumbrado al elogio de su superior.

—¿Qué hago con esto?

—Por ahora, nada que Chavanne pueda ver venir —dijo Vallois—. Prepare un resumen de los diecisiete embarques y los movimientos bancarios que pueda rastrear legalmente. Sin tocar nada que requiera orden judicial todavía.

Renard asintió y recogió sus carpetas con el cuidado renovado de quien entiende que lo que lleva en las manos importa más de lo que parecía cuando entró.

La presión política llegó esa misma tarde, en la forma de una llamada del director de la Sûreté que Vallois tomó de pie frente a la ventana de su despacho, mirando el puerto.

—Vallois —dijo el director, con el tono de quien ha tenido antes esta conversación y sabe que no va a gustarle cómo termina—, estoy recibiendo llamadas.

—De cuánta gente, señor director.

—De suficiente gente como para que me llamen a mí en lugar de a usted directamente. Lo cual significa que son personas que saben que la manera de llegar a un inspector de la Sûreté es a través de sus superiores.

—¿Y qué les digo a esas personas?

—Que la investigación avanza —dijo el director—. Y que avanza con la discreción que un caso de esta naturaleza requiere.

—El caso avanza —dijo Vallois—. En cuanto a la discreción, eso depende de a qué llamen discreción las personas que lo están llamando a usted.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—Vallois, hay ciertas sensibilidades institucionales que...

—Señor director —dijo Vallois, con la cortesía que usaba cuando estaba siendo absolutamente inflexible—, una mujer fue asesinada frente a doscientas personas. Si hay sensibilidades institucionales que complican esa investigación, agradecería que me las pusiera por escrito para poder incluirlas en el expediente.

Otra pausa. Más larga.

—Continúe su trabajo —dijo el director finalmente—. Pero sea prudente.

—Siempre lo soy —dijo Vallois, y colgó.

Se quedó mirando el puerto durante un minuto más. La presión era temprana, lo cual significaba que alguien en los circuitos que había comenzado a tocar se había puesto nervioso con una velocidad que no correspondía a la de alguien que tenía la conciencia tranquila. Los inocentes esperan. Los culpables calculan. Y los que calculan llaman a sus abogados, que llaman a sus contactos, que llaman al director de la Sûreté.

Esa tarde fue a buscar a Pierre Aumont.

El maestresala vivía en un apartamento en el barrio de Fontvieille, modesto para los estándares del Principado pero perfectamente mantenido. Abrió la puerta con la expresión de quien esperaba esta visita desde hace días y que durante esos días practicó distintas versiones de cómo manejarla.

—Inspector —dijo Aumont—. Pensé que vendría antes.

—Tenía otras cosas que verificar primero —dijo Vallois—. ¿Puedo pasar?

Aumont se hizo a un lado.

El apartamento tenía la pulcritud de los espacios donde viven personas que trabajan en el servicio de lujo y que traen al hogar la misma exigencia estética que aplican profesionalmente. Todo en su lugar. Las superficies sin rastro de polvo. Y en la mano derecha de Aumont, ahora sin guante, el índice vendado con una gasa limpia.

Vallois se sentó en el sillón que Aumont le indicó y sacó su libreta con la parsimonia de quien no tiene prisa.

—La quemadura —dijo Vallois, señalando la mano con un gesto cortés—. ¿Quiere contarme cómo fue?

Aumont se sentó frente a él. Sus manos descansaban sobre las rodillas con la quietud excesiva de quien las está controlando deliberadamente.

—Un accidente doméstico —dijo—. Estaba limpiando y usé un producto demasiado concentrado.

—¿Qué producto?

—Quitamanchas. Para la plata. Lo apliqué sin guantes.

Vallois anotó. Luego miró a Aumont con la paciencia del que no va a abandonar el tema aunque el otro espere que lo haga.

—Monsieur Aumont —dijo—, usted es un profesional del servicio de mesa con veinte años de experiencia. Usted sabe mejor que la mayoría de las personas qué productos son corrosivos y cuáles no. —Hizo una pausa—. ¿Quiere intentarlo de nuevo?

El silencio duró lo suficiente para que ambos supieran que lo que viniera continuación era diferente de lo que había venido antes.

—Me dieron algo que aplicar —dijo Aumont, finalmente, en un tono que había bajado hasta el registro de las confesiones que uno hace cuando ya

no ve otra opción—. Me dijeron que era un revelador. Para el cristal. Que haría brillar la copa de madame más que las otras.

—¿Quién se lo dio?

—Un hombre que no conozco. Me contactó hace dos semanas, antes de que confirmaran la fecha de la gala. Me dijo que trabajaba para uno de los patrocinadores del evento y que madame de GrimaldiVinci quería que su copa personal tuviera un tratamiento especial. Me pagó en efectivo.

—¿Cuánto?

Aumont dudó.

—Dos mil euros.

—¿Y usted no le encontró nada extraño a eso?

—Le encontré todo lo extraño del mundo —dijo Aumont, con la amargura de quien se arrepiente de algo pero no quiere decir completamente de qué—. Pero dos mil euros es lo que gano en un mes, inspector. Y el hombre tenía una manera de hablar que hacía que pareciera todo muy normal.

—¿Cómo era ese hombre?

—Cuarenta y tantos. Bien vestido. Francés, por el acento. Pelo oscuro, mandíbula cuadrada. —Aumont pensó—. Tenía una cicatriz pequeña en la barbilla, aquí. —Se tocó el mentón con el índice vendado—. La clase de persona a la que uno ve en los salones donde trabajo y no recuerda después porque parece exactamente lo que debería parecer en ese lugar.

—¿Puede describir cómo le entregó el compuesto?

—En un frasco pequeño. Me explicó que debía aplicarlo al borde exterior de la copa con un bastoncillo, antes de que la pusieran en el soporte. Me dijo que el frasco era delicado, que no lo tocara sin guante. —Aumont miró su mano—. No me dijo que el guante tampoco era suficiente.

Vallois cerró la libreta.

—Monsieur Aumont, va a necesitar acompañarme a la Sûreté para hacer una declaración formal. Y antes de que hable con cualquier otra persona, necesito que comprenda que su colaboración en este momento es lo único que puede distinguir su situación de la de alguien que participó conscientemente en un asesinato.

Aumont asintió con la expresión de quien ya lo había entendido antes de que se lo dijeran y que por eso había dormido mal durante cuatro noches.

Esa noche, revisando el manuscrito por tercera vez en su apartamento, Vallois encontró en el capítulo cuatro de *Champagne Espumoso* la descripción de un personaje al que Adeline llamaba simplemente *el intermediario*: un hombre que aparecía en los momentos correctos, que hablaba el idioma necesario para cada situación, y que era completamente invisible en los lugares donde actuaba precisamente porque parecía exactamente lo que los lugares esperaban que pareciera.

Cuarenta y tantos años. Bien vestido. Francés por el acento. Cicatriz en la barbilla.

Adeline lo había conocido. Lo había descrito. Y lo había puesto en la novela antes de que él llegara a su copa.

Vallois dejó el manuscrito sobre la mesa y fue a preparar café, que era lo que hacía cuando necesitaba que su mente trabajara sin que él la supervisara directamente. El método tenía sus críticos entre sus colegas, que lo consideraban excéntrico. Vallois lo consideraba eficiente: el cerebro resuelve mejor los problemas cuando la atención consciente está ocupada en otra cosa.

Para cuando el café estaba listo, había llegado a una conclusión que no le agradaba pero que le parecía inevitable.

El intermediario no era el asesino. Era el eslabón entre el asesino y el instrumento. Lo que significaba que había al menos tres niveles en esta operación: quien la concibió, quien la ejecutó a través del intermediario, y el propio intermediario. Aumont era el cuarto nivel, el más expuesto, el único que no había sabido exactamente en qué estaba participando.

Las operaciones de ese tipo no las diseñan personas improvisadas.

Las diseñan personas que han diseñado operaciones similares antes.

Y Adeline, que lo sabía, lo había escrito.

CAPÍTULO 4

La novela dentro del crimen

Despacho de Vallois y Villa GrimaldiVinci, Mónaco. Una semana después de la gala.

Vallois tenía la costumbre, que sus colegas encontraban ligeramente inquietante, de leer en voz alta cuando necesitaba entender algo que la lectura silenciosa no le revelaba completamente. Era un hábito de sus años en la universidad, cuando estudiaba derecho y había descubierto que los textos jurídicos producían significados distintos según la velocidad y el tono con que se pronunciaran. Los párrafos que parecían neutros en silencio se volvían amenazantes en voz alta. Los que parecían amenazantes en silencio, leídos despacio y con cuidado, revelaban a veces una lógica distinta de la que la primera impresión sugería.

Con *Champagne Espumoso* ocurría algo que nunca le había ocurrido con ningún texto jurídico: que cuanto más lo leía, más capas aparecían. No porque el texto fuera oscuro. Sino porque era demasiado claro en los lugares donde debería ser opaco, y demasiado opaco en los lugares donde debería ser claro.

Lo leyó completo por cuarta vez en el transcurso de una semana, en sesiones de dos horas que alternaba con las entrevistas y los análisis de los registros portuarios. Tomaba notas en un cuaderno paralelo donde anotaba,

en la columna izquierda, los elementos ficticios que claramente eran ficticios, y en la columna derecha, los elementos que no podían ser ficticios porque contenían detalles que ninguna ficción justificaba.

La columna derecha crecía con cada lectura.

En la cuarta sesión encontró la frase que lo detuvo.

Estaba en la página ochenta y tres, en boca del personaje principal, una mujer que Adeline llamaba simplemente *ella* a lo largo de toda la novela sin darle nombre, lo cual era en sí mismo una declaración de intenciones: *Todo asesinato elegante comienza como literatura.*

Vallois la leyó dos veces en silencio. Luego en voz alta. La frase no funcionaba como diálogo del personaje. Funcionaba como declaración de la autora. Adeline no le ponía esa frase en la boca a un personaje. Se la ponía a sí misma.

Anotó en el cuaderno paralelo: *La autora describe el crimen que la matará como extensión natural de su obra. No por casualidad. Por diseño. ¿De quién?*

Esa pregunta lo llevó a una conclusión que tardó dos días en aceptar completamente porque le parecía demasiado extraña para ser verdadera y que sin embargo era la única explicación coherente con la evidencia: el asesino no usó el manuscrito como guía técnica. Lo usó como declaración estética. Quería que el crimen fuera reconocible como la extensión de la obra de Adeline. Una muerte que ella misma podría haber escrito. Que de hecho había escrito.

Eso reducía el círculo de sospechosos de una manera que Vallois no había considerado. No a quien tuvo acceso al manuscrito, porque el acceso podía ser amplio. Sino a quien lo entendió en sus intenciones más profundas. A quien pudo leer esa novela y comprender que el método del crimen no era el elemento central sino el vehículo de una declaración.

Esa clase de lectura requería una mente específica.

Fue entonces cuando llegó el mensaje de Claire Desrosiers.

La editora de *Desrosiers & Associés* en París había obtenido el número de Vallois a través del servicio de prensa de la Sûreté, lo que significaba que había pasado por los canales correctos deliberadamente, lo cual a su vez significaba que lo que quería decirle era suficientemente importante para no correr el riesgo de que lo ignoraran. El mensaje era breve y solicitaba una conversación urgente sobre material que ella había recibido de Adeline antes de la gala.

Vallois llamó de inmediato.

Claire Desrosiers tenía la voz de las personas que hablan con mucha gente distinta y han aprendido a calibrar su tono según la situación. Con Vallois usó el tono profesional con una capa de urgencia bien controlada, del tipo que produce quien tiene información importante y quiere transmitirla sin que parezca que está dramatizando.

—Inspector —dijo—. Recibí semanas antes de la gala varios capítulos del manuscrito que madame de GrimaldiVinci enviaba periódicamente. No todos. Una selección que ella eligió.

—¿Cuándo comenzó a recibirlos?

—Hace un año aproximadamente. Llegaban sin aviso previo, sin nota adjunta. Solo las páginas en un sobre con matasellos de Mónaco.

—¿Y por qué no contactó con la policía después de la muerte de madame?

Hubo una pausa.

—Porque no sabía si lo que tenía era relevante —dijo Claire—. Y porque madame me había pedido explícitamente, en la única conversación telefónica que tuvimos hace tres meses, que si algo le ocurría antes de que el libro estuviera terminado, no lo publicara ni lo entregara a nadie sin verificar primero que la persona que lo solicitara fuera alguien en quien ella hubiera confiado.

—¿Y cómo verifica eso?

—Me dio un nombre. Dijo: si este hombre le pide el manuscrito, entréguelo. Si cualquier otra persona lo pide, espere.

—¿Cuál es el nombre?

—Gabriel Santori —dijo Claire.

Vallois anotó. Santori. El maestro de bodega que había mirado sus propias manos durante el discurso de Adeline. El único en la sala aquella noche que no llevaba esmoquin.

—Madame Desrosiers —dijo Vallois—, usted mencionó que los capítulos que recibió eran una selección. ¿Incluían el que describe el método del asesinato?

—Sí —dijo Claire—. Y hay algo más, inspector. Entre esos capítulos hay uno que no está en el manuscrito que supongo que usted tiene. Lo reconocí porque la numeración no es continua: hay un salto entre el capítulo doce y el catorce. El trece me lo enviaron a mí.

—¿Qué contiene ese capítulo?

—Una escena que no corresponde al resto de la novela en tono ni en estilo —dijo Claire—. Es más directa. Menos literaria. Como si en ese capítulo específico Adeline no estuviera inventando sino recordando. Describe a una persona dentro de la red financiera que estuvo dispuesta a matar antes y que volvería a hacerlo. Y describe el método del crimen con una precisión que supera todo lo anterior. —Hizo una pausa—. Creo que ese capítulo es la razón por la que alguien quiso que el manuscrito no llegara a publicarse.

—¿Puede enviármelo?

—Puedo. Pero preferiría entregarlo en persona. Hay cosas que prefiero no poner en un correo electrónico cuando hablamos de lo que estamos hablando.

—Viajo a París mañana —dijo Vallois.

—Le esperaré.

Colgó. Se quedó mirando el cuaderno paralelo con la columna derecha más llena que la izquierda. Santori. El hombre a quien Adeline había confiado el manuscrito en caso de muerte era el mismo que la noche de la gala había mirado sus propias manos durante el discurso. El mismo que según el cocinero de la villa visitaba el despacho todos los miércoles. El mismo que había dado a Vallois instrucciones específicas sobre la copa: *No la toque nadie más.*

¿Una instrucción de protección o una instrucción de control?

Esa tarde fue a la villa por tercera vez, no para hablar con Lacombe ni con los empleados sino con el propio despacho. Quería volver a mirar la fotografía.

Encontró a Béatrice de GrimaldiVinci en el corredor, saliendo del despacho precisamente cuando él llegaba. Llevaba en la mano un sobre cerrado que guardó en el bolso con una velocidad que habría pasado desapercibida para la mayoría de las personas y que Vallois notó con la naturalidad de quien nota todo sin parecer que nota nada.

—Madame de GrimaldiVinci —dijo Vallois—. No esperaba encontrarla aquí.

—Es mi casa también, inspector —dijo Béatrice, con la serenidad perfecta de las personas que nunca pierden la compostura porque decidieron décadas atrás que perderla era un lujo que no podían permitirse—. Vengo a recoger algunos documentos de la administración de la casa vinícola. Con la muerte de Adeline, hay responsabilidades que debo retomar.

—Por supuesto —dijo Vallois—. ¿Puedo preguntarle algo mientras estamos aquí?

—Si es breve —dijo Béatrice—. Tengo una reunión.

—Brevísimo. —Vallois señaló la puerta del despacho—. ¿Sabía usted que su sobrina guardaba un manuscrito en esa habitación?

La pausa fue de medio segundo. Para alguien que no buscara pausas, habría sido invisible.

—Adeline escribía —dijo Béatrice—. Era algo que hacía desde niña. No sé nada de ningún manuscrito específico.

—¿Y si le dijera que ese manuscrito describe en detalle operaciones financieras vinculadas a los muelles de la familia?

—Le diría que Adeline tenía una imaginación muy activa y que lamentablemente no siempre distinguía con claridad entre lo que sabía y lo que inventaba.

—¿Y si le dijera que los detalles coinciden con registros portuarios reales de los últimos tres años?

Esta vez la pausa fue de un segundo completo.

—Le diría que esa sería una coincidencia notable —dijo Béatrice—, y que las coincidencias en los asuntos legales las evalúan los tribunales, no los inspectores de policía en los corredores de las casas de sus víctimas.

Vallois sonrió levemente.

—Tiene razón, madame. Gracias por su tiempo.

Béatrice pasó junto a él con la elegancia de quien ha terminado una conversación y no tiene ninguna razón para reconsiderarlo. Vallois la observó alejarse por el corredor y luego entró al despacho.

La fotografía seguía en su lugar, en la pared izquierda, orientada hacia quien trabajara sentado en el escritorio. El hombre de espaldas, con la postura que Vallois había guardado en la memoria como un objeto sin nombre todavía. Los hombros. El ángulo de la cabeza. La mano sobre la mesa.

Sacó su teléfono y fotografió la fotografía por primera vez, con la cámara puesta para capturar el mayor detalle posible en la imagen de fondo. Luego amplió el detalle de la mano sobre la mesa.

En el dedo anular izquierdo del hombre de espaldas había un anillo. Pequeño, discreto, con una piedra oscura. No un anillo de matrimonio. La forma y el estilo correspondían a los sellos de los clubes privados de cierto nivel en el sur de Europa.

Vallois conocía ese tipo de anillo porque había visto uno idéntico.

En la mano de Alexandre de Marigny la noche de la gala.

Salió del despacho sin mirar el sobre vacío que el equipo forense había catalogado esa mañana sobre el escritorio, el sobre que había contenido páginas del manuscrito y que ahora estaba vacío, que era donde Béatrice había estado cuando él llegó al corredor.

Caminó hacia el puerto sin apresurarse porque apresurarse habría sido inútil: Béatrice llevaba cincuenta años siendo lo que era y no iba a cometer un error por la presión de un inspector que todavía estaba construyendo su caso.

Pero él también llevaba veinte años siendo lo que era.

Y lo que era, se recordó mientras miraba los yates en el puerto con la última luz de la tarde, era alguien que no dejaba que los objetos le mintieran.

El anillo era el mismo.

Lo demás era cuestión de tiempo.

Esa noche, antes de preparar el viaje a París, Vallois pasó una hora con el cuaderno paralelo haciendo lo que en su vocabulario profesional llamaba *ordenar el tablero*: disponer lo que sabía en un orden que no fuera cronológico ni por sospechoso sino por lógica de la operación.

Lo que sabía con certeza: la aconitina fue preparada por alguien con conocimiento farmacológico avanzado y fue aplicada por el intermediario sobre la copa de Adeline, probablemente en las horas previas a la gala. Aumont la recibió ya lista y la transfirió al cristal sin saber exactamente qué hacía. El cajón del escritorio fue vaciado en una ventana de cuatro días. El capítulo trece del manuscrito, el más peligroso, no estaba en el compartimento oculto sino en poder de Claire Desrosiers.

Lo que sabía con alta probabilidad: Alexandre de Marigny había estado en el despacho de Adeline cuando ella no estaba. El hombre de espaldas en la fotografía llevaba el mismo anillo que Alexandre. Y Béatrice salía del despacho con un sobre cuando Vallois llegó.

Lo que todavía no sabía: quién preparó el veneno. Quién era exactamente el intermediario de la cicatriz. Qué contenía el capítulo trece. Y por qué Adeline, sabiendo lo que sabía, eligió quedarse.

La última pregunta era la que más lo ocupaba. Porque una mujer que escribía sobre su propio asesinato con la precisión que mostraba el manuscrito no era una mujer que ignorara el peligro. Era una mujer que lo había calculado y había elegido seguir de todas formas.

¿Por qué?

La respuesta, sospechaba Vallois, estaba en el capítulo trece.

Mañana lo leería.

CAPÍTULO 5

La editorial de los muertos

París. Nueve días después de la gala.

Desrosiers & Associés ocupaba el segundo piso de un edificio en la rue du Bac que llevaba treinta años sin haber sido completamente renovado, lo cual en el contexto del barrio no era descuido sino declaración de principios. Los libros que publicaba esa editorial no eran del tipo que se venden en los aeropuertos ni los que aparecen en los escaparates iluminados de las grandes librerías. Eran del tipo que circulan entre lectores que los recomiendan en voz baja y que producen consecuencias en el mundo real con una regularidad que sus autores a veces no habían anticipado.

Vallois llegó puntual, que era su costumbre incluso cuando el viaje había sido más complicado de lo previsto, porque la puntualidad le parecía la única forma de cortesía que no requería interpretación.

Claire Desrosiers lo recibió en su despacho, que tenía la misma filosofía estética que el edificio: funcional, densa, sin concesiones a la impresión. Cuarenta años, cabello corto, la ropa de alguien que eligió hace tiempo qué tipo de persona quería ser y se viste en consecuencia. Había sobre su escritorio dos tazas de café ya servidas, lo cual le dijo a Vallois que Claire

había calculado bien su tiempo de llegada y que era el tipo de persona que prefería tener el café listo antes de que comenzara la conversación importante.

—Inspector Vallois —dijo, señalando la silla frente al escritorio—. Gracias por venir.

—Gracias por contactarme —dijo Vallois—. ¿Cuánto tiempo conocía usted a madame de GrimaldiVinci?

—Tres años. Aunque no la conocía en el sentido habitual. Nunca la conocí en persona.

Vallois levantó los ojos del cuaderno que había abierto.

—¿Nunca?

—Nunca. Toda nuestra relación fue epistolar. Primero llegaron las páginas, sin presentación. Luego llegó una carta breve donde me explicaba qué era y pedía discreción. Luego hubo una sola llamada telefónica, hace tres meses. Eso fue todo.

—¿Y usted aceptó esas condiciones?

—Publico memorias de disidentes que viven bajo nombres falsos, inspector. Adeline de GrimaldiVinci enviando páginas anónimas desde Mónaco no me pareció particularmente excepcional.

Vallois bebió el café. Era bueno, lo cual era una información sobre Claire Desrosiers que registró sin anotarla: las personas que sirven buen café en reuniones de trabajo lo hacen porque consideran que la reunión merece buen café.

—Las páginas que recibió —dijo Vallois—. ¿Las leyó todas?

—Todas. Es mi trabajo.

—¿Y cuál fue su impresión general?

Claire tomó su taza y se recostó ligeramente en la silla, con el gesto de quien va a decir algo que ha pensado durante tiempo y que quiere decir con precisión.

—Que no era una novela —dijo—. Técnicamente tenía la forma de una novela: personajes, trama, diálogos. Pero la intención no era literaria. Era testimonial. Adeline usaba la ficción como recipiente para algo que no podía o no quería presentar de otra manera.

—¿Tenía valor literario además del testimonial?

—Sí. Bastante. —Claire sonrió levemente—. Lo cual la hacía más peligrosa. Un texto de denuncia sin calidad literaria es un panfleto. Un texto de denuncia con calidad literaria es una obra que la gente lee dos veces y recomienda. Eso fue lo que Adeline construyó.

—¿Y el capítulo trece? ¿También tiene esa calidad?

Claire dejó la taza. Se levantó, fue al archivero detrás de su silla y sacó una carpeta de plástico que colocó sobre el escritorio, frente a Vallois. Dentro

había un fajo de páginas, quince aproximadamente, con la misma letra que él había visto en el manuscrito de Mónaco.

—El capítulo trece es diferente —dijo—. No en calidad. En tono. Los otros capítulos tienen distancia. Hay ironía, hay construcción. En el trece Adeline escribe como si el tiempo se hubiera acabado.

Vallois abrió la carpeta y leyó las primeras líneas en silencio. Luego levantó los ojos.

—¿Puedo llevarlo?

—Es para usted —dijo Claire—. Pero quiero que sepa algo antes de que lo lea completo.

—Dígame.

—Hay en ese capítulo una referencia a una carta. Una carta que ella misma escribió, que existe en el mundo real, y que describe algo que ocurrió antes del manuscrito. Una muerte anterior que ella no pudo probar en su momento pero que el capítulo trece vincula directamente con las personas que aparecen en el resto de la novela.

—¿Sabe dónde está esa carta?

—No —dijo Claire—. Pero sé que Adeline la mencionó en la llamada telefónica de hace tres meses. Me dijo que si el libro llegaba a publicarse, esa carta tendría que ser parte de él. Que sin esa carta el libro era incompleto.

—¿Qué tipo de carta es?

Claire eligió sus palabras con el cuidado de quien trabaja con el lenguaje y sabe que las palabras imprecisas producen consecuencias imprecisas.

—Una carta de alguien que sabía lo que había ocurrido y que calló —dijo—. Adeline me dijo que era la prueba de que el silencio también tiene autoría. Que guardar un secreto cuando ese secreto costó una vida es una forma de participación que las leyes todavía no saben nombrar correctamente pero que ella sí sabía nombrar.

—¿Y a quién estaba dirigida esa carta?

—Eso no me lo dijo —dijo Claire—. Solo que nunca la había enviado. Que la había escrito y guardado. Que si algo le ocurría, estaría entre sus papeles personales. No en el despacho. En su cuarto.

Vallois anotó eso con una estrella doble.

Vallois guardó la carpeta en su maletín.

—Una pregunta más, madame Desrosiers. En la llamada de hace tres meses, cuando Adeline le mencionó a Gabriel Santori como la persona en quien confiaba, ¿dijo algo más sobre él?

Claire pensó durante un momento.

—Dijo que era la única persona que la conocía antes de que ella supiera quién era. —Hizo una pausa—. No sé exactamente qué quería decir con

eso. Lo interpreté como una descripción de una relación muy antigua, del tipo que se tiene con alguien que te conoció de niño.

—¿Dijo algo sobre Alexandre de Marigny?

La expresión de Claire cambió apenas, con el gesto de quien reconoce un nombre que esperaba que apareciera en algún momento.

—Sí —dijo—. Una sola cosa. Me dijo: hay una persona en mi vida que me leyó mejor que nadie. Que entendió este libro antes de que yo lo terminara. Y que por eso es el más peligroso de todos.

—¿Dijo el nombre?

—No. Pero en el contexto de la conversación, parecía referirse a alguien cercano. Alguien con quien compartía el mismo espacio, no alguien que hubiera leído el manuscrito a distancia.

Vallois cerró el cuaderno.

—¿Publicará el libro? —preguntó.

—Cuando sea el momento correcto —dijo Claire—. Adeline eligió esta editorial porque sabe, sabía, que entiendo que hay libros cuyo momento no es inmediato. Que algunos textos necesitan que la realidad los alcance antes de poder ser leídos correctamente.

—¿Y cuándo cree usted que la realidad habrá alcanzado a este?

—Cuando usted termine su trabajo, inspector —dijo Claire—. O cuando alguien lo haga por usted.

Vallois tomó su maletín y se levantó. En la puerta se detuvo.

—Una última cosa, madame. La carta que Adeline mencionó, la que vincula la muerte anterior con las personas de la novela. ¿Tiene alguna idea de a quién estaba dirigida?

Claire lo miró con la expresión de quien está a punto de decir algo que sabe que va a cambiar el rumbo de una investigación.

—En la llamada dijo que era una carta que nunca había enviado —dijo Claire—. Que la había escrito y guardado porque no sabía si alguna vez tendría el valor de mandarla. Y que si algo le ocurría, estaría entre sus papeles personales. No en el despacho. En su cuarto.

Vallois salió del edificio de la rue du Bac con el peso específico de las personas que acaban de recibir más información de la que esperaban y que necesitan caminar para procesarla correctamente.

Pero antes de ir al café donde leería el capítulo trece, hizo una llamada.

Renard contestó al primer tono.

—Las cartas —dijo Vallois—. Las que había en el escritorio de madame de GrimaldiVinci. Las de correspondencia personal. ¿Las inventarió el equipo forense?

—Sí, inspector. Hay una lista completa en el expediente.

—¿Hay alguna carta sin enviar? ¿Sin sobre, sin sello, sin destinatario visible?

Pausa al otro lado.

—Voy a revisar el inventario. Un momento.

Vallois esperó frente a la vitrina de una librería sin ver los libros expuestos.

—Inspector —dijo Renard—. El inventario del escritorio no registra ninguna carta sin enviar. Pero hay una nota al margen del agente que hizo el inventario: en el dormitorio principal de madame encontraron una caja de madera lacada con correspondencia personal antigua. No la revisaron porque estaban priorizando el despacho. Sigue allí.

—Asegúrese de que nadie entre al dormitorio antes de que yo llegue mañana —dijo Vallois.

—¿Qué busco en la caja?

—No busque nada —dijo Vallois—. Solo cuide la caja.

Colgó y entró al café.

Leyó el capítulo trece de pie junto a la barra, con el expreso que ni siquiera saboreó porque toda su atención estaba en las quince páginas.

Adeline describía en ellas, con la precisión que Claire había llamado testimonial, la muerte del auditor luxemburgués Elias Brenner, ocurrida cinco años antes en los viñedos familiares del Piamonte. Brenner había investigado irregularidades en los registros de exportación de la casa vinícola. Había encontrado algo. Había muerto en lo que la investigación oficial clasificó como accidente durante una visita técnica a los viñedos: caída en una zona de trabajo, traumatismo craneal, muerte instantánea.

En el capítulo trece, Adeline no afirmaba que Brenner había sido asesinado. Lo describía. Describía los dos días que precedieron a su muerte, las reuniones que tuvo, las personas con las que habló y las que no debería haber visto. Describía la noche anterior a la caída, la cena en la que alguien le sirvió más vino del habitual y en la que la conversación, según Adeline, tuvo un tono que ella reconocería años después como el tono de los últimos momentos antes de que algo inevitable ocurra. Y describía, con una economía de palabras que hacía el texto más brutal que cualquier acusación directa, quién había estado en los viñedos ese día y quién había salido en el primer vuelo disponible esa misma tarde.

El nombre en el texto era ficticio: *el Guardián de las Cepas*. Pero la descripción era suficientemente precisa para que cualquier persona que conociera a Gabriel Santori no tuviera ninguna duda de a quién se refería.

Lo que perturbaba a Vallois no era solo el contenido sino el tono. Claire había dicho que en ese capítulo Adeline escribía como si el tiempo se hubiera acabado. Leyéndolo, Vallois entendía qué quería decir: no era la escritura de alguien que narra algo que ocurrió en el pasado. Era la escritura de alguien que está cerrando un círculo. Que sabe que al escribir

esto está firmando algo, y que lo firma de todas formas porque no escribirlo sería una forma de cobardía que no puede permitirse.

En la última línea del capítulo, Adeline había escrito: *El Guardián de las Cepas guardó silencio porque sabía lo que había visto y porque saber sin decirlo es la forma más perfecta de complicidad que el mundo ha inventado. Más perfecta que mentir, porque la mentira puede probarse. El silencio es indemostrable. El silencio es eterno. El silencio, en este mundo, es inocente.*

Vallois pagó el expreso, guardó el capítulo en el maletín y salió a la calle parisina con la lluvia fina de octubre sobre los hombros.

En el cuaderno paralelo, de vuelta en el tren a Mónaco, escribió una sola pregunta que resumía las doce páginas de notas anteriores: *¿Protegía Santori el libro de Adeline porque quería que la verdad saliera a la luz, o porque quería controlar qué parte de la verdad salía?*

La respuesta a esa pregunta, comprendió mientras el tren entraba en el túnel hacia el sur, dependía de si Santori sabía o no que el capítulo trece lo señalaba directamente.

Y de eso, todavía, no estaba seguro.

CAPÍTULO 6

Alexandre de Marigny sonríe demasiado

Mónaco. Once días después de la gala.

La caja de madera lacada estaba sobre la cómoda del dormitorio de Adeline, exactamente donde Renard había dicho que estaría. Era una caja de las que fabricaban los artesanos de la Provenza en el siglo pasado: tapa con bisagras de latón, cierre de presión, interior forrado en terciopelo rojo desgastado por el tiempo. Del tipo que se hereda y no se compra.

Vallois la examinó sin abrirla durante treinta segundos, que era su manera de respetar los objetos antes de intervenirlos. El dormitorio de Adeline era diferente al despacho: más personal, menos construido, con la honestidad de los espacios que nadie ve excepto quien los habita. Los libros aquí estaban ordenados por tamaño. Los frascos de perfume en la cómoda formaban una línea irregular que nadie había alineado deliberadamente. Y sobre la mesita de noche, junto a la lámpara, un vaso con agua que nadie había vaciado todavía.

Vallois notó el vaso y lo dejó donde estaba.

Luego abrió la caja.

Dentro había cartas. No muchas: quince, quizás veinte, en distintos formatos y papeles, algunas en sobres sellados con el monograma de la familia, otras sin sobre. Las ordenó por fechas visibles y comenzó a leer con la paciencia de quien no busca nada específico porque sabe que lo que busca aparecerá cuando llegue el momento correcto.

Llegó en la undécima carta.

No tenía sobre ni destinatario. La fecha era de hacía nueve meses. La letra era la de Adeline, reconocible ya después de semanas con el manuscrito, pero diferente en la presión del trazo: más intensa, más cargada. Como si quien escribía hubiera apretado el bolígrafo más de lo habitual.

Vallois la leyó de pie, en silencio.

La carta describía lo que Adeline sabía sobre la muerte de Elias Brenner. No en los términos literarios del capítulo trece sino en los términos directos y vulnerables de alguien que escribe para sí misma: lo que vio, lo que oyó, lo que calló en su momento porque tenía veinticinco años y no entendía completamente lo que significaba, y lo que comprendió años después cuando los registros portuarios y las exportaciones de mentira le explicaron el resto de la historia.

En el segundo párrafo describía una noche en los viñedos del Piamonte, una cena con Brenner donde alguien lo había dejado solo más tiempo del habitual, donde alguien había rellenado su copa sin que él lo pidiera. No era una acusación directa. Era el recuerdo de una adolescente que no supo entonces qué significaba lo que veía y que ahora, con los ojos de adulta, veía en ese recuerdo algo que le quitaba el sueño.

Y al final, después de dos páginas de hechos y memoria, una sola frase que Vallois leyó tres veces: *Gabriel lo sabe. Lo ha sabido siempre. Y yo no sé todavía si lo protejo porque lo quiero o si lo quiero porque lo protejo.*

Guardó la carta en una bolsa de evidencia y llamó a Renard.

La primera entrevista formal con Alexandre de Marigny ocurrió ese mismo día por la tarde, en el despacho de la Sûreté, con el abogado Alain Chavanne sentado a su izquierda con la expresión de quien ha decidido que esta reunión va a durar exactamente lo que él permita que dure.

Alexandre llegó con la compostura de los hombres que han pasado años en reuniones difíciles y han aprendido que la compostura es el único activo que no puede quitarte el adversario si decides no entregárselo voluntariamente. Traje oscuro, sin corbata, el pelo ligeramente menos ordenado que en la noche de la gala, que era exactamente la cantidad correcta de desorden para parecer afectado por el duelo sin parecer descuidado.

—Monsieur de Marigny —dijo Vallois, abriendo el cuaderno—. Gracias por venir.

—No tuve mucha opción —dijo Alexandre, con la sonrisa que Vallois había notado la noche de la gala: practicada, oportuna, medio segundo tarde.

—Siempre tiene opción —dijo Vallois—. Simplemente algunas opciones producen consecuencias más interesantes que otras.

Chavanne intervino antes de que Alexandre pudiera responder.

—Inspector, mi cliente ha expresado su disposición a cooperar dentro de los límites que establece su derecho a no auto incriminarse. Si sus preguntas exceden esos límites...

—Sus preguntas nunca exceden nada —dijo Vallois, mirando a Alexandre—. Empecemos por el principio. ¿Cuándo conoció usted a madame de GrimaldiVinci?

—Hace cuatro años. En una regata en Saint-Tropez. Lo conocen todos los que estuvieron presentes.

—¿Y a madame Béatrice de GrimaldiVinci?

Alexandre no parpadeó.

—La conocí cuando Adeline me la presentó. Unos meses después de la regata.

Vallois anotó. Luego sacó del expediente la copia del documento bancario que Renard había rastreado en los registros del puerto: una transferencia vinculada a Meridian Maritime Services con una firma de validación que correspondía al período de siete años atrás.

—¿Conoce usted a la empresa Meridian Maritime Services?

—He tenido contactos profesionales con varias empresas navieras a lo largo de mi carrera —dijo Alexandre—. No recuerdo ese nombre específicamente.

—¿Y al bufete Chavanne et Associés?

Fue el turno de Chavanne de no parpadear.

—Mi cliente y yo tenemos una relación profesional de larga data —dijo Chavanne—. No hay nada irregular en eso.

—¿Cuántos años de larga data? —dijo Vallois.

—Los años que sean pertinentes para esta investigación —dijo Chavanne.

Vallois los miró a los dos con la expresión de quien acaba de recibir una respuesta perfectamente diseñada para no responder nada y que la registra exactamente como lo que es.

—Monsieur de Marigny —dijo—, ¿leyó usted el manuscrito de madame de GrimaldiVinci?

La primera pausa real de la entrevista. Dos segundos.

—Adeline escribía —dijo Alexandre—. Me leía fragmentos a veces, cuando quería mi opinión.

—¿Fragmentos de qué naturaleza?

—De lo que escribía. Escenas, diálogos. No lo llamaría un manuscrito, inspector. Era más bien un ejercicio creativo.

—¿Y qué le parecía ese ejercicio creativo?

—Me parecía brillante y peligroso —dijo Alexandre—. Adeline tenía un talento genuino. También tenía la tendencia de algunas personas brillantes a creer que la brillantez los protege de las consecuencias.

Vallois esperó un momento antes de hacer la siguiente pregunta, que era una técnica que usaba cuando quería que el silencio trabajara antes que las palabras.

—¿Qué consecuencias temía usted específicamente que ese ejercicio creativo pudiera producirle?

Alexandre sonrió.

—No temía consecuencias para mí, inspector. Temía consecuencias para ella. Lo que escribía tocaba personas con recursos suficientes para producir reacciones desagradables.

—¿Personas como quién?

—Personas como las que aparecen en ese tipo de texto —dijo Alexandre—. No necesito nombrarlas. Usted ya las conoce o las conocerá pronto.

Fue en ese momento cuando Vallois introdujo el dato falso. Era una técnica que usaba con parsimonia, solo cuando necesitaba verificar el límite exacto entre lo que alguien admitía saber y lo que fingía no saber.

—En el manuscrito —dijo Vallois, con la misma neutralidad con que había preguntado todo lo anterior—, hay un capítulo donde se describe un método de envenenamiento con una sustancia derivada de plantas alpinas. Adeline lo desarrolla con un detalle técnico notable para alguien sin formación química.

Alexandre asintió, pensativo.

—Sí, ese capítulo es uno de los más logrados. La descripción de la activación por contacto con el cristal es especialmente precisa.

El silencio que siguió fue de tres segundos.

Alexandre comprendió exactamente en el segundo dos.

—Dije que me leía fragmentos —dijo, con una serenidad que era demasiado construida para ser espontánea—. Ese fragmento en particular.

—Ese fragmento en particular —repitió Vallois—. ¿Recuerda cuándo?

—Hace algunos meses.

—¿Y le pareció verosímil el método?

—Me pareció literariamente efectivo —dijo Alexandre—. No evalué verosimilitud científica en la ficción.

Chavanne puso la mano brevemente sobre el brazo de Alexandre, el gesto casi invisible de quien frena sin que parezca que frena.

—Inspector —dijo Chavanne—, si no tiene preguntas concretas sobre los hechos de la noche de la gala, creo que...

—Tengo una más —dijo Vallois—. Monsieur de Marigny, hace aproximadamente tres semanas, el asistente personal de madame lo encontró frente a la puerta del despacho de ella cuando ella no estaba en la villa. ¿Qué hacía allí?

—Buscaba un libro que Adeline me había prometido prestarme.

—¿Qué libro?

Alexandre abrió la boca y la cerró. Era la primera vez en toda la entrevista que una pregunta lo encontraba sin respuesta preparada.

—No recuerdo el título exacto —dijo finalmente.

—¿Era un libro sobre toxicología? —dijo Vallois, con la misma neutralidad de siempre.

—No —dijo Alexandre.

—¿Sobre farmacología?

—No.

—¿Sobre historia de la medicina?

Esta vez fue Chavanne quien respondió.

—Inspector, esas preguntas requieren que mi cliente especule sobre sus propios recuerdos en una situación de estrés. Me opongo a continuar en esta línea.

—Por supuesto —dijo Vallois, cerrando el cuaderno—. Una cosa más, y es completamente objetiva. —Sacó del expediente la fotografía ampliada del detalle de la fotografía de la villa: el hombre de espaldas, la mano sobre la mesa, el anillo en el dedo anular izquierdo—. ¿Reconoce este anillo?

Alexandre miró la fotografía durante un momento que era demasiado largo para ser una mirada de reconocimiento y demasiado corto para ser una mirada de desconocimiento.

—Hay muchos anillos de ese tipo en los círculos que frecuento —dijo.

—¿Tiene usted uno?

—Lo tuve. Lo perdí hace tiempo.

—¿Cuándo?

—No lo recuerdo con precisión.

Vallois guardó la fotografía.

—Gracias por su tiempo, monsieur de Marigny. Es posible que necesitemos hablar de nuevo.

—Estaremos disponibles dentro de los límites apropiados —dijo Chavanne.

Alexandre se levantó con la compostura intacta, que era exactamente lo que Vallois había esperado y exactamente lo que le interesaba: un hombre que mantenía la compostura perfecta bajo presión no era un hombre inocente al que las preguntas no afectaban. Era un hombre que había construido la compostura como defensa porque sabía que la necesitaría.

En la puerta, Alexandre se volvió.

—Inspector —dijo—. Una cosa que quizás le resulte útil saber.

—Dígame.

—Adeline era la persona más inteligente que he conocido —dijo Alexandre—. Y la más imprudente. En mi experiencia, esas dos cualidades juntas son una combinación que tarde o temprano produce resultados previsibles.

—¿Previsibles para quién? —dijo Vallois.

Alexandre sonrió por última vez.

—Para quien la conocía suficientemente bien —dijo, y salió.

Vallois se quedó en el despacho durante diez minutos después de que se fueron, mirando el cuaderno cerrado.

Alexandre había demostrado que conocía el capítulo de la copa envenenada. Lo había corregido cuando Vallois describió el método de manera ligeramente imprecisa, y se había dado cuenta del error exactamente un segundo después, cuando ya era tarde para desdecirse sin que el daño estuviera hecho.

No lo había leído en un fragmento que Adeline le leyó. Lo había leído completo. Y lo había leído con la atención suficiente para recordar el detalle de la activación por contacto con el cristal.

Eso no era lectura de placer. Era lectura de estudio.

La pregunta que Vallois escribió esa noche en el cuaderno paralelo era más larga que las anteriores: *Si Alexandre leyó el manuscrito completo y entendió el método, ¿lo usó porque lo encontró allí o porque ya lo conocía y lo usó precisamente porque quería que la muerte pareciera la extensión de la obra de Adeline? ¿Cuál de las dos opciones lo hace más culpable?*

No tenía respuesta todavía.

Pero ya sabía en qué dirección buscarla.

Lo que sí sabía con certeza era que Alexandre de Marigny había demostrado esa tarde ser exactamente lo que Adeline había descrito en el manuscrito: alguien que sonríe demasiado y exactamente en los momentos correctos para que la sonrisa parezca espontánea. La diferencia entre una sonrisa real y una sonrisa practicada era de aproximadamente medio segundo. Vallois lo había notado la noche de la gala. Lo había vuelto a notar esa tarde en el despacho de la Sûreté.

Y esa diferencia de medio segundo, en veinte años de investigación, había resultado ser suficiente para construir un caso completo alrededor de ella.

Solo necesitaba la carta que confirmara el anillo.

Y el anillo que confirmara la fotografía.

Y la fotografía que confirmara lo que Adeline había sabido desde el principio y había elegido escribir en lugar de decir, porque escribir dura más que decir y porque Adeline de GrimaldiVinci era, por encima de cualquier otra cosa, alguien que entendía el valor de lo que dura.

CAPÍTULO 7

La tía Béatrice y la pureza del linaje

Villa GrimaldiVinci y la cava principal, Mónaco. Doce días después de la gala.

Béatrice de GrimaldiVinci eligió el lugar del interrogatorio con la deliberación de quien entiende que el espacio es poder y que ceder el espacio es ceder parte del poder. No el salón principal de la villa, donde las sillas eran confortables y la luz era neutra. La cava principal de los GrimaldiVinci, en el nivel inferior del edificio, donde las botellas de las últimas cuatro décadas descansaban en estantes de piedra bajo una luz amarilla que daba a todo el ambiente el tono de algo muy antiguo y muy cuidado.

Vallois llegó a la hora acordada y encontró a Béatrice ya sentada frente a la mesa de cata, con dos copas vacías y una botella sin abrir entre ellas. El mensaje era múltiple: esto es mi territorio, conozco el ceremonial, tengo más tiempo que usted.

—Inspector Vallois —dijo Béatrice—. Siéntese, por favor. Pensé que una conversación de esta naturaleza merecía un entorno apropiado.

—La cava es un entorno hermoso —dijo Vallois, sentándose—. ¿Las botellas de esta colección son todas de la casa vinícola?

—Las de los estantes superiores son de producción propia. Las inferiores son adquisiciones personales mías a lo largo de los años. —Una pausa brevísima—. Tengo el hábito de invertir en cosas que mejoran con el tiempo.

—¿A diferencia de otras inversiones?

—A diferencia de las personas —dijo Béatrice—, que a menudo empeoran cuando se las deja solas demasiado tiempo.

Vallois reconoció la referencia oblicua a Adeline y eligió no seguirla todavía.

—Madame de GrimaldiVinci —dijo—, ¿me permite preguntarle sobre la historia de la casa vinícola? Necesito entender cómo funcionaba la relación entre la administración familiar y los muelles.

Béatrice asintió con la expresión de quien acepta hablar de lo que le parece seguro hablar.

—La concesión sobre los muelles data del siglo XVIII. Mi bisabuelo la obtuvo como parte de un acuerdo comercial con la administración del Principado. Durante la mayor parte del siglo pasado fue una función puramente ceremonial: firmar los recibos de los registros de atraque, archivarlos, enviar la copia correspondiente al puerto. Nada de consecuencia práctica.

—¿Y cuándo esa función pasó a manos de Adeline?

Una pausa.

—Adeline era metódica —dijo Béatrice—. Más de lo que yo esperaba de una persona con su temperamento. Cuando heredó la función, empezó a leer los registros que antes simplemente firmábamos. —Béatrice tomó la botella

sin abrir y la contempló un momento—. Lo cual fue, en retrospectiva, el principio de muchas cosas que habrían sido mejores sin comenzar.

—¿Qué clase de cosas?

—La clase que no mejora con el tiempo, inspector. —Béatrice dejó la botella—. Mi sobrina tenía el defecto de las personas muy inteligentes: confundía entender algo con tener derecho a actuar sobre ello.

—¿Y qué entendió que no debería haber entendido?

Béatrice lo miró directamente por primera vez en la conversación.

—Entendió que los registros de atraque podían leerse de dos maneras —dijo—. Como registros comerciales. O como un mapa de quién hace qué, cuándo y con quién, en el territorio donde la discreción es la moneda más valiosa disponible.

—¿Y usó ese mapa?

—Lo convirtió en literatura —dijo Béatrice, con un tono que en otra persona habría sido desprecio y que en ella era algo más complejo: una mezcla de irritación genuina y de algo que se parecía al orgullo contrariado, como el de los padres que se indignan con los hijos precisamente porque reconocen en ellos sus propias capacidades—. Lo cual es, convendrá usted, una manera bastante peculiar de usar la información privilegiada.

—¿Peculiar o peligrosa?

—Las dos cosas son sinónimas cuando el privilegio involucrado no es solo de información sino de origen —dijo Béatrice—. Los GrimaldiVinci llevamos tres siglos siendo parte de un equilibrio que beneficia a este Principado. Adeline entendió ese equilibrio y eligió ignorarlo.

Vallois anotó. Luego cambió de dirección con la naturalidad de quien lleva toda la conversación conduciendo hacia otro destino.

—Madame, ¿conocía usted a Alexandre de Marigny antes de que Adeline lo presentara?

La pausa fue de un segundo exacto. Suficiente.

—Lo conocí cuando Adeline me lo presentó —dijo Béatrice.

—El jefe de protocolo de la casa vinícola recuerda haberlo visto en una reunión de negocios con usted aproximadamente dos años antes de la regata de Saint-Tropez —dijo Vallois—. Lo recuerda con precisión porque fue la única vez que usted sonrió durante toda una cena de negocios.

Béatrice no reaccionó visiblemente. Era la clase de mujer que no permitía que la sorpresa llegara a la superficie cuando podía contenerse en las capas más profundas.

—Mi jefe de protocolo tiene una memoria selectiva —dijo—. No inusual en personas que sirven a familias con historia.

—¿Quiere decir que está equivocado?

—Quiero decir que puede estar confundiendo fechas, personas o contextos. Los eventos de negocios se acumulan. Los detalles se mezclan.

—¿Y los registros de viaje de su empresa en ese período? ¿También podrían confundirse?

Béatrice miró la botella durante un momento.

—Inspector Vallois —dijo finalmente, con el tono de alguien que ha decidido cambiar de estrategia porque la actual ya no le ofrece ventajas—, usted es un hombre inteligente. Reconozco la inteligencia aunque no siempre la encuentre conveniente. Permítame ser directa con usted.

—Se lo agradezco —dijo Vallois.

—El mundo en el que vivimos, el mundo de este Principado, funciona sobre acuerdos que no están escritos en ningún contrato y que no pueden leerse en ningún registro portuario porque no son ilegales sino simplemente privados. Yo he sido parte de ese mundo durante cincuenta años. Lo he administrado con cuidado, con discreción y con la convicción de que la discreción es la única forma de lealtad que funciona a largo plazo.

—¿Y Alexandre de Marigny es parte de ese mundo?

—Alexandre de Marigny es un hombre con talento para navegar entornos complejos —dijo Béatrice—. Lo que haga con ese talento es responsabilidad suya.

—¿Y lo que hizo con ese talento en relación con su sobrina?

La pregunta aterrizó en el silencio de la cava con la precisión de un objeto arrojado a un espacio quieto. Béatrice no parpadeó, lo cual era demasiado deliberado para ser natural.

—Las consecuencias de las decisiones de Adeline —dijo Béatrice, con una voz que había bajado ligeramente en temperatura sin perder un ápice de control— eran su responsabilidad. Yo le advertí, en más de una ocasión, que había ciertos territorios que no podía explorar sin consecuencias que nadie podría controlar después.

—¿Le advirtió que su vida podía estar en riesgo?

—Le advertí que su ambición literaria podía tener un costo que su ambición literaria no valoraba adecuadamente.

—¿Hay diferencia?

—Para un abogado, sí —dijo Béatrice—. Para mí, también.

Vallois cerró el cuaderno. Miró los estantes de la cava, las botellas alineadas con la precisión de algo que ha sido cuidado durante décadas.

—Una última pregunta, madame. La mañana en que la encontré saliendo del despacho de Adeline, llevaba usted un sobre en la mano. ¿Qué contenía?

Béatrice lo miró con la expresión de quien sabía que esta pregunta llegaría y que ha decidido que la respuesta que tiene preparada es la única que va a dar.

—Documentos de la administración de la casa vinícola —dijo—. Es lo que le dije entonces y es lo que le digo ahora.

—¿Podría ser más específica?

—No particularmente —dijo Béatrice—. Los documentos de administración son extensos y variados. Si tiene una orden judicial que requiera que los detalle, hablaré con mi abogado.

—¿Tiene abogado, madame?

—Todos los que administran patrimonio familiar tienen abogado, inspector.

—Una pausa—. El mismo que representa a Alexandre de Marigny, si le sirve de algo saberlo.

Vallois se levantó.

—Me sirve de bastante —dijo—. Gracias por recibirme.

Béatrice no se levantó. Se quedó sentada frente a las dos copas vacías y la botella sin abrir con la compostura de una figura que ha sido colocada allí deliberadamente y que no se mueve hasta que ella decide que la escena ha terminado.

—Inspector —dijo, cuando Vallois llegaba a la puerta de la cava—, ¿puedo preguntarle algo?

—Por supuesto.

—¿Cree usted que Adeline sabía lo que iba a ocurrir?

Vallois se volvió. Era la primera pregunta genuina que Béatrice le hacía en toda la conversación, lo cual en sí mismo era información.

—Creo que lo sabía con suficiente precisión para haberlo escrito antes de que ocurriera —dijo Vallois—. Lo que todavía no sé es si lo sabía con suficiente precisión para haberlo evitado.

Béatrice asintió lentamente, con el gesto de alguien que recibe una respuesta que esperaba y que de todas formas pesa más de lo que anticipaba.

—Era una mujer extraordinaria —dijo Béatrice, en voz muy baja—. Extraordinariamente inconveniente. Pero extraordinaria.

Vallois subió las escaleras de la cava y salió al jardín de la villa, donde el sol de la tarde llegaba entre los pinos con la oblicuidad de las cuatro de la tarde mediterránea.

Se detuvo en el jardín. Sacó el cuaderno. Anotó la frase exacta de Béatrice sobre las consecuencias, con la fecha y la hora. Luego anotó una observación sobre el tono: Béatrice no había dicho en ningún momento de la conversación que lamentaba la muerte de Adeline. Había dicho que era

extraordinaria. Había dicho que era inconveniente. Pero no había dicho que lamentaba que estuviera muerta.

Eso era compatible con distintas cosas. Con el duelo de ciertos tipos de personas que no verbalizan lo que sienten porque verbalizarlo les parece una debilidad. Con la frialdad calculada de quien sabía lo que iba a ocurrir y llegó a la conversación con las emociones ya procesadas. O con algo intermedio que era quizás lo más probable: una mujer que llevaba cincuenta años administrando un mundo donde los sentimientos se mantienen en su lugar para que los negocios funcionen, y para quien la muerte de su sobrina era simultáneamente una tragedia personal y un problema logístico que necesitaba resolver antes de que alguien más lo resolviera por ella.

Renard lo esperaba junto al coche con el gesto del que tiene noticias.

—¿Qué encontró? —dijo Vallois.

—Los registros de viaje de madame Béatrice para los años anteriores a la regata de Saint-Tropez —dijo Renard, abriendo una carpeta—. Hay una entrada interesante. Siete años atrás, un viaje de tres días a Ginebra. El mismo período en que el sistema de la empresa Meridian Maritime Services registra una reunión de constitución con uno de sus socios fundadores en esa ciudad.

—¿Y el nombre del socio?

—El nombre del socio está en una sociedad anónima registrada en las Islas Caimán. —Renard hizo una pausa—. Pero el representante legal que firmó en Ginebra ese día es el bufete Chavanne et Associés.

Vallois cerró el cuaderno.

—¿Hay constancia de que Béatrice se reunió con alguien específico en Ginebra?

—No en registros oficiales. Pero el hotel donde se hospedó esos tres días registró en su cuenta interna el nombre de otro huésped que cenó con ella dos de las tres noches. —Renard leyó el nombre en su libreta—. Monsieur Alexandre de Marigny.

Vallois permaneció en silencio durante un momento.

Siete años atrás. Tres años antes de la regata de Saint-Tropez donde Alexandre y Adeline se habían conocido oficialmente. Béatrice y Alexandre cenando juntos en Ginebra mientras el representante legal de ambos firmaba los documentos de constitución de la empresa que durante años había usado los muelles GrimaldiVinci para mover capitales disfrazados de vino.

La cronología quedaba establecida con una claridad que ninguna de las dos personas involucradas había querido proporcionar voluntariamente.

—Bien hecho, Renard —dijo Vallois.

Esta vez el subinspector recibió el elogio con menos sorpresa que la primera vez, lo cual significaba que estaba aprendiendo que los elogios de Vallois eran escasos pero precisos.

—¿Qué hacemos con esto? —dijo Renard.

—Lo guardamos —dijo Vallois—. Y esperamos a que alguien más lo use antes de que nosotros lo usemos.

—¿Por qué esperar?

—Porque lo que tenemos ahora prueba que Béatrice y Alexandre se conocían antes. No prueba que conspiraron para matar a Adeline. Para ese salto necesitamos el intermediario con nombre y apellido, o la conexión directa entre Alexandre y el veneno. —Vallois miró el jardín de la villa, los pinos, la villa que había albergado tres siglos de una familia que había aprendido a sobrevivir siendo útil a quienes tenían el poder—. Y cuando tengamos eso, Ginebra y Meridian Maritime no serán el argumento principal. Serán el contexto que lo hace irrefutable.

Renard asintió y guardó la carpeta.

Vallois miró una última vez las ventanas de la villa. Detrás de una de ellas, en la cava, Béatrice seguía sentada frente a las dos copas vacías y la botella sin abrir. Esperando, con la paciencia de quien ha aprendido que los que esperan con suficiente compostura terminan por ver cómo los que tienen prisa se equivocan.

Vallois tenía menos compostura que ella y más tiempo que ella.

Era suficiente para ganarlo.

CAPÍTULO 8

El capítulo arrancado

Niza y Mónaco. Catorce días después de la gala.

Lucien Faroux vivía en Niza con la convicción de quien ha elegido la ciudad equivocada deliberadamente. Era periodista financiero, había trabajado durante veinte años para publicaciones de Bruselas, Ginebra y Londres, y había dejado cada una de ellas por razones que en el momento parecían distintas y que en retrospectiva eran siempre la misma: había encontrado algo que sus editores preferían no publicar y había publicado de todas formas. En Niza encontró un periódico regional que lo toleraba porque sus artículos sobre el sector inmobiliario de la Costa Azul vendían ejemplares sin crear problemas diplomáticos, que era exactamente el equilibrio que un periódico regional podía permitirse.

Su apartamento tenía la organización de los espacios donde una persona inteligente ha convivido con sus propias manías durante suficiente tiempo para dejar de verlas como manías y empezar a verlas como sistema. Las carpetas estaban ordenadas por fecha en estantes que llegaban hasta el techo. Los recortes de prensa cubrían una pared entera, clasificados por

tema con la metodología de quien ha pasado décadas comprendiendo que la información no es lineal sino nodal: cada noticia conecta con otras cuatro, y esas cuatro conectan con otras dieciséis, y en esa red de conexiones está la historia que los artículos individuales no pueden contar solos.

Vallois llegó con Renard a media tarde, habiendo llamado antes, que era una cortesía que Vallois practicaba con las personas que tenían información y que podían elegir no dársela: avisar con tiempo suficiente para que decidieran si querían atenderlo significaba que si lo atendían, habían elegido hacerlo.

Faroux los recibió con la hospitalidad de quien vive solo y al que las visitas le resultan simultáneamente bienvenidas y ligeramente desestabilizadoras.

—Inspector Vallois —dijo, haciendo sitio entre carpetas para que los dos se sentaran—. Esperaba que alguien de la Sûreté llegara antes. Con Adeline muerta y el manuscrito flotando por ahí, pensé que serían más rápidos.

—¿Conocía usted la existencia del manuscrito?

—Lo ayudé a construir —dijo Faroux, con la sencillez de quien dice algo importante como si fuera obvio—. No los capítulos literarios. Eso era de Adeline, completamente. Pero la parte técnica, la que describe cómo funcionan las sociedades offshore y cómo se mueve el dinero entre la exportación de vino y los fondos en paraísos fiscales, eso lo trabajamos juntos. Ella tenía la intuición y los registros. Yo tenía el modelo.

—¿Desde cuándo la conocía?

—Desde hace seis años. Me llegó un correo sin presentación pidiéndome que revisara unos documentos portuarios que había encontrado y que no sabía cómo interpretar. Los revisé. Le respondí. Y así empezó.

—¿Se reunían en persona?

—Dos o tres veces al año. Siempre en ciudades distintas, nunca en Mónaco. Adeline era meticulosa con eso.

—¿Y sabía usted que el libro describía el método de su propio asesinato?

Faroux se quedó quieto un momento.

—Lo supe cuando leí el capítulo de la copa envenenada —dijo—. Se lo pregunté directamente: ¿estás describiendo lo que crees que puede pasarte? Me dijo que estaba describiendo lo que *había escrito* que pasaría, y que la diferencia entre las dos cosas era más pequeña de lo que debería ser.

—¿Le preocupó eso?

—Me aterró —dijo Faroux, sin ningún intento de suavizarlo—. Le pedí que parara. Que publicara todo lo que tenía directamente, sin el envoltorio literario, en algún periódico que tuviera la estructura legal para protegerla. Me dijo que no. Que la forma importaba tanto como el contenido. Que una novela podía decir cosas que un artículo periodístico no podía decir porque

la novela tenía la ventaja de ser simultáneamente acusación y ficción, y que esa ambigüedad era la que hacía el texto irrefutable.

—¿Irrefutable cómo?

—Porque si alguien la demandaba por difamación, la defensa era que era ficción. Y si alguien intentaba ignorarlo, la ficción era suficientemente transparente para que cualquier lector con conocimiento del medio identificara a las personas reales. —Faroux se recostó en su silla—. Era una estrategia brillante. También era una manera de caminar sobre una cuerda sin red.

—¿Le dijo algo en las semanas anteriores a la gala que le sugiriera que el riesgo era inmediato?

Faroux pensó con la seriedad de quien sabe que lo que va a decir es importante y quiere decirlo correctamente.

—Sí —dijo—. La última vez que hablamos, hace tres semanas aproximadamente, me dijo algo que desde entonces no he podido sacarme de la cabeza.

—¿Qué le dijo?

—Me dijo: si muero, no busques al que me odia. Busca al que me leyó mejor.

Vallois no anotó eso de inmediato. Primero lo repitió en silencio para asegurarse de que lo había escuchado exactamente como Faroux lo había dicho.

—¿Le explicó qué quería decir con eso?

—No. Adeline no explicaba las cosas que consideraba que el interlocutor podía entender solo. Era su forma de evaluar si valía la pena como interlocutor.

—¿Y usted lo entendió?

—En ese momento, lo entendí como una referencia a alguien que había leído el manuscrito y lo había usado como guía. Alguien suficientemente cercano para tener acceso y suficientemente inteligente para entender el método que ella misma había descrito. —Faroux se levantó y fue al estante donde estaban las carpetas del período más reciente—. Después de su muerte empecé a pensar que quería decir algo más específico. Que el que la leyó mejor no solo usó el método. Diseñó el crimen para que fuera reconocible como extensión de la obra. Para que la muerte pareciera lo que habría escrito Adeline si hubiera escrito su propia muerte.

—¿Y eso quién lo haría?

—Alguien que la amaba —dijo Faroux, sin buscar la palabra más suave—. O que la había amado. O que entendía el amor que ella ponía en ese texto y quería honrarlo de la única manera que le quedaba disponible.

Renard miró a Vallois con la expresión de quien acaba de escuchar algo que no esperaba escuchar en este contexto y que necesita un momento para integrarlo.

Vallois anotó.

—Una última pregunta —dijo—. El capítulo arrancado del manuscrito original. El que encontramos con el número de página saltado. ¿Sabe usted qué contenía?

—El capítulo trece —dijo Faroux—. Lo leí cuando Adeline me lo compartió hace unos meses. Es el capítulo donde ella deja de ser novelista y empieza a ser testigo. Donde describe la muerte de Brenner con demasiada precisión para ser ficción y con suficiente narrativa para ser defendible como tal.

—¿Y quién más lo había leído?

Faroux abrió una carpeta, buscó entre varios papeles y sacó una hoja manuscrita que le dio a Vallois.

—Adeline llevaba un registro de las personas a las que enviaba fragmentos del manuscrito. Esta es la lista.

Vallois la leyó. Había seis nombres. Claire Desrosiers. Lucien Faroux. Gabriel Santori. Y tres nombres que reconoció de los registros portuarios y del círculo financiero del Principado.

El sexto nombre lo detuvo.

Alexandre de Marigny. Junto al nombre, una fecha de seis meses atrás y una nota de la letra de Adeline: *capítulos 1 a 12, entregados en mano*.

No el trece.

Los doce primeros.

Vallois dobló la lista y la guardó.

Faroux lo observó hacerlo con la mirada del periodista que sabe cuando un detalle ha cambiado el peso de una habitación.

—¿Sirve de algo? —dijo.

—Sirve de mucho —dijo Vallois—. ¿Puedo quedarme con la lista?

—Es una copia —dijo Faroux—. El original está digitalizado en tres lugares distintos. Adeline me enseñó eso: nunca guardar algo importante en un solo lugar.

Vallois y Renard salieron del apartamento con la tarde de Niza ya cerrándose sobre la bahía y las últimas luces del sol convirtiendo el mar en algo que se parecía demasiado al champagne para ser completamente casual.

En el coche, antes de arrancar, Renard dijo:

—Alexandre recibió los doce primeros capítulos pero no el trece.

—Sí —dijo Vallois.

—¿Y eso qué significa?

—Que Adeline le mostró suficiente para que entendiera el método y las implicaciones generales. Pero que el capítulo que lo señalaba directamente a él, el que describía a alguien con su perfil en relación con la muerte de Brenner, ese no se lo dio.

—¿Por qué no?

—Porque el trece era la prueba de que ella sabía quién era él realmente —dijo Vallois—. Y mientras no se lo diera, Alexandre podía creer que esa información todavía era manejable. Que podía detener el libro antes de que llegara a publicarse. —Hizo una pausa—. Adeline le dio los doce primeros capítulos para que supiera exactamente a qué se enfrentaba. Y retuvo el trece para tener algo que él no sabía que ella tenía.

—¿Una palanca?

—Una palanca —dijo Vallois—. O una trampa. Dependiendo de cómo reaccionara él.

—¿Y cómo reaccionó?

Vallois miró el mar por la ventana del coche.

—Como ella sabía que reaccionaría —dijo—. Porque lo conocía. Y porque lo había escrito.

Arrancaron hacia Mónaco con la noche llegando desde el norte y las luces de la ciudad encendiéndose sobre el puerto como si prepararan otro espectáculo para el que nadie había pedido entradas.

No llegaron lejos.

A veinte minutos de Niza, el teléfono de Renard sonó. Lo contestó. Escuchó durante diez segundos con la expresión que ponen los subinspectores cuando reciben noticias que no quieren transmitir porque saben que van a cambiar los planes de alguien con más carácter que el suyo.

—Inspector —dijo Renard, cubriendo el micrófono—. El apartamento de Faroux.

Vallois lo miró.

—Incendio —dijo Renard—. Hace veinte minutos. Los bomberos lo controlaron rápido. Faroux no estaba.

—¿Y sus archivos?

—La pared de carpetas —dijo Renard—. Completamente.

Vallois miró el retrovisor como si pudiera ver el apartamento desde allí.

—Dé la vuelta —dijo.

Volvieron a Niza. El apartamento de Faroux olía a papel quemado y a químico de extinción, esa mezcla específica que tienen los archivos destruidos, que es diferente al olor de la madera o la tela porque el papel guarda el humo de manera distinta, más densa, más persistente. Los bomberos habían contenido el fuego en la pared de los archivos. El resto

del apartamento tenía daños menores: hollín en las superficies, agua en el suelo, el calor que había deformado ligeramente algunos objetos plásticos.

Faroux estaba en la calle, en pijama sobre el que alguien había puesto una manta, con la expresión de quien procesaba a velocidad lo que significaba lo que había perdido.

—¿Cómo empezó? —dijo Vallois.

—No lo sé —dijo Faroux—. Estaba en el baño. Cuando salí, la pared ya ardía.

—¿Cerró con llave cuando salimos?

—Siempre cierro con llave —dijo Faroux—. No había nadie. La puerta estaba cerrada cuando los bomberos llegaron.

—¿Hay otra entrada?

—Una ventana trasera. Da al patio interior. —Faroux miró el apartamento con la expresión de quien hace el inventario de lo perdido y todavía no termina de creerlo—. Treinta años de archivos, inspector.

—¿Tenía copias digitales?

—De los últimos cinco años, sí. En un servidor externo. —Faroux se volvió hacia Vallois—. Pero los documentos originales que Adeline me pasó en papel. Los que me dio ella en mano durante nuestras reuniones. Esos no tenían copia.

Vallois miró la ventana ennegrecida del apartamento.

El incendio había sido innecesario: Faroux ya había entregado la lista a Vallois. Quien lo ordenó no lo sabía, lo que significaba que actuó con la información de que Faroux tenía material comprometedor sin saber exactamente qué material había compartido ya con la Sûreté. Eso era pánico. Y el pánico, como había aprendido a lo largo de su carrera, era siempre más revelador que la frialdad.

—Monsieur Faroux —dijo Vallois—, a partir de esta noche va a necesitar alojarse en otro lugar. No en un hotel conocido. En algún sitio que no tenga relación con su nombre ni con su trabajo.

—¿Cree que...?

—Creo que alguien quería sus archivos destruidos y que no calculó bien el momento. —Vallois le puso una tarjeta en la mano—. Llámeme si recuerda cualquier cosa que no me haya dicho hoy. Cualquier cosa.

Faroux miró la tarjeta y luego miró la ventana ennegrecida.

—Hay una cosa —dijo, en voz baja—. No la mencioné antes porque no sabía si era relevante.

—Dígame.

—Adeline me dijo, en esa última llamada, que había alguien más además de ella que sabía la verdad sobre Brenner. Alguien que lo había visto directamente y que había callado. Y que ese silencio era lo que hacía a esa persona tan peligrosa como los que lo planearon: porque si alguna vez

hablaba, confirmaba todo. Y si nunca hablaba, se convertía en cómplice permanente.

—¿Dijo el nombre?

—No —dijo Faroux—. Solo dijo que esa persona era la que más la quería en el mundo. Y que eso era exactamente lo que la hacía más difícil de acusar.

Vallois guardó esa información en el lugar donde guardaba las cosas que todavía no podía usar pero que sabía que iba a necesitar.

Esa noche, antes de dormir, abrió el cuaderno paralelo en la última página escrita y añadió una sola línea que resumía lo que Faroux había dicho y que tardó en entender completamente pero que una vez entendido no podía desaprenderse: *El asesino la amaba. Y usó ese amor para hacer de su muerte algo que ella habría reconocido como suyo.*

Era la observación más perturbadora que había hecho en veinte años de investigación.

Y también, comprendió mientras cerraba el cuaderno, la más útil.

CAPÍTULO 9

Los labios de Adeline

Sala de análisis de la Sûreté Publique, Mónaco. Dieciséis días después de la gala.

La sala de análisis de video de la Sûreté tenía cuatro pantallas y dos sillas ergonómicas que nadie había pedido específicamente pero que alguien había comprado con la convicción de que el trabajo de revisión de grabaciones requería comodidad. Vallois no usaba la silla. Revisaba los videos de pie, frente a la pantalla más grande, con el café en la mano izquierda y el control remoto en la derecha, en el modo de quien ha visto el mismo material demasiadas veces para encontrarlo nuevo pero que sabe que lo nuevo no aparece en el material sino en la pregunta que uno le hace al material.

Hasta ese momento había visto los videos de la gala buscando lo que buscan todos los investigadores en una escena de crimen: movimientos inusuales, acceso a la víctima, personas fuera de lugar. Con ese enfoque había encontrado a Aumont, había rastreado los momentos en que la copa estuvo sin supervisión directa, había establecido los ángulos desde los que se podía observar sin ser observado.

Esa mañana cambió la pregunta.

La frase subrayada en el manuscrito era precisa: *el asesino no brinda, observa los labios de la víctima.* No buscaba a alguien que se hubiera acercado a la copa. Buscaba a alguien que no pudiera dejar de mirar el momento exacto en que Adeline bebía.

Puso el video en la pantalla izquierda, la que captaba el ángulo más amplio del salón durante el brindis, y lo avanzó fotograma por fotograma desde

cinco segundos antes del momento en que Adeline llevó la copa a sus labios.

En el primer fotograma del movimiento, ciento noventa y siete pares de ojos miraban distintos puntos del salón: la botella monumental, otras copas, sus propios acompañantes, el espacio indefinido que mira la gente cuando finge escuchar un discurso.

En el segundo fotograma, cuando la copa de Adeline comenzó a elevarse, la mayoría de las miradas se movieron hacia ella: era el momento del brindis, era lo que correspondía mirar.

Vallois redujo el campo a las diez personas más cercanas a la posición de Adeline y repitió el análisis.

Nueve de ellas miraban el rostro de Adeline o la copa, que era lo mismo en términos de atención social: el brindis se sigue mirando la cara del que brinda, no sus labios específicamente.

La décima persona miraba los labios.

Vallois congeló el fotograma.

Alexandre de Marigny. De pie a cuatro metros de Adeline, con la copa alzada en el gesto del brindis colectivo, los ojos fijos en la boca de ella con una concentración que en otro contexto habría parecido ternura y que en este contexto, con la frase de Adeline resonando en la sala, parecía otra cosa completamente.

No era la mirada de alguien que mira a la persona que ama mientras brinda.

Era la mirada de alguien que verifica.

Vallois lo observó durante un minuto completo, con el video congelado en ese fotograma, analizando el ángulo de la cabeza, la posición del cuerpo, la tensión en los hombros que el esmoquin no ocultaba completamente. Alexandre no había alzado la copa un segundo tarde como había notado en la noche de la gala: la había alzado exactamente a tiempo para el brindis colectivo. Pero sus ojos habían llegado al destino correcto medio segundo antes de que la copa de Adeline se moviera, como si supiera exactamente cuándo iba a ocurrir porque lo había calculado.

Pasó al siguiente ángulo, la cámara del lado este del salón.

Béatrice de GrimaldiVinci, en el rincón estratégico que había elegido para esa noche, miraba a Adeline también. Pero su mirada no era la de Alexandre: era la de alguien que observa una situación que conoce y que espera que se desarrolle de cierta manera. No verificación. Anticipación.

Y Gabriel Santori, junto a la entrada de servicio, miraba sus manos en el momento exacto del brindis.

Vallois retrocedió el video diez segundos y lo revisó de nuevo.

Santori había estado mirando a Adeline durante todo el discurso con la atención de quien escucha algo que conoce pero que en ese momento

adquiere un peso diferente al habitual. Su expresión durante las palabras sobre las burbujas que suben hacia la superficie era la de alguien que escucha una metáfora y reconoce en ella algo más que una metáfora. Pero en el momento preciso en que ella llevó la copa a los labios, bajó los ojos. Como si no pudiera o no quisiera ver ese momento específico.

Había dos maneras de interpretar eso. La primera: Santori sabía lo que iba a ocurrir y no podía mirarlo. La segunda: Santori sabía lo que podía ocurrir y rezaba para que no ocurriera, y bajar los ojos era la forma más honesta que había encontrado de no confirmarlo.

La diferencia entre las dos interpretaciones era la diferencia entre un cómplice y un testigo. Y esa diferencia, comprendió Vallois, era exactamente lo que el capítulo trece de Adeline había dejado ambiguo deliberadamente.

Adeline protegía a Santori incluso en el texto que lo señalaba. Lo describía con suficiente precisión para que fuera reconocible y con suficiente ambigüedad para que no fuera definitivo. Porque lo quería. O porque lo protegía. O porque, como ella misma había escrito en la carta sin enviar, no sabía ya cuál de las dos cosas era primero.

Tres personas. Tres maneras distintas de no mirar lo que miraba el resto del salón.

Vallois llamó a Renard.

—Necesito que verifique algo en los registros de la empresa biomédica que Alexandre de Marigny financió hace cuatro años —dijo—. La lista de proyectos de investigación aprobados ese año. Específicamente cualquier proyecto relacionado con alcaloides vegetales o modificación de compuestos orgánicos.

—¿En qué base de datos busco?

—En el registro mercantil y en cualquier publicación científica donde figure como patrocinador. No es difícil de encontrar si está, porque esas empresas tienden a publicitar sus inversiones en investigación.

—¿Cuándo lo necesita?

—Esta tarde —dijo Vallois—. Y Renard: discreción. No me interesa que Chavanne sepa qué estamos buscando.

Colgó y volvió a las pantallas.

Abrió el video del salón en el ángulo norte, el que cubría la zona de servicio, y buscó el momento en que Pierre Aumont había servido la copa personal de Adeline. Lo encontró cuarenta y dos minutos antes del brindis, cuando el servicio inicial de champagne estaba en su punto más intenso y el movimiento del personal de sala era suficientemente fluido para que un gesto adicional no llamara la atención.

Aumont había llegado a la mesa central con una bandeja de copas limpias para reponer el stock del servicio. Había tomado la copa monogramada de

su soporte con la mano izquierda, enguantada, y la había recolocado con el mismo movimiento. La operación completa duró cuatro segundos. Nadie la había notado.

Nadie excepto alguien que sabía lo que estaba buscando.

Vallois amplió el fotograma correspondiente y examinó las figuras cercanas. A seis metros de Aumont, con la espalda parcialmente vuelta hacia la cámara, había un hombre en traje oscuro que no correspondía a ninguno de los sospechosos principales. Cuarenta y tantos años, mandíbula visible desde el ángulo disponible, la posición de quien está en una conversación pero no está escuchando a su interlocutor.

Vallois amplió más. La resolución empezaba a degradarse.

Pero en la barbilla del hombre, apenas visible en el borde del fotograma, había una pequeña marca que en la luz de la cámara parecía más oscura que la piel circundante.

Una cicatriz.

Vallois fotografió el fotograma con su teléfono y llamó a Isabelle Moreau.

—Necesito pedirle algo que no es estrictamente forense —dijo cuando ella contestó.

—Adelante —dijo Moreau, con el tono de quien ya sabe que las peticiones de Vallois tienden a ser específicas y justificadas.

—Tengo una imagen de video con un individuo no identificado. La resolución es insuficiente para reconocimiento facial automatizado. Pero hay un rasgo visible, una cicatriz en la barbilla, que podría ser suficiente para cruzarlo con registros médicos si la cicatriz es resultado de una intervención quirúrgica o un accidente documentado.

—Eso es un proceso largo, inspector. No tengo acceso directo a registros médicos sin orden judicial.

—Lo sé —dijo Vallois—. Por eso no le pido que busque en registros médicos. Le pido que mire la imagen y me diga si la cicatriz parece quirúrgica, accidental o de otra naturaleza. La forma, el tipo de tejido cicatricial visible, lo que pueda extraer de la imagen sin necesitar el expediente.

Una pausa.

—Mándeme la imagen —dijo Moreau.

Vallois la mandó. Esperó cinco minutos revisando otras secuencias del video mientras Moreau evaluaba.

—La cicatriz es antigua —dijo Moreau cuando llamó—. Por la forma del tejido visible, diría que tiene más de diez años. Es una cicatriz limpia, bordes bien definidos: sugiere que fue tratada médicamente en el momento, no ignorada. El tipo de cicatriz que produce un corte por objeto con filo más que un impacto o una caída.

—¿Y la posición?

—Barbilla izquierda, aproximadamente dos centímetros por debajo del labio inferior. Un lugar visible pero no prominente. El tipo de cicatriz que la persona probablemente no intenta disimular porque en los círculos donde se mueve no necesita hacerlo.

—¿Y qué clase de persona no intenta disimular una cicatriz en la cara?

—Alguien que lleva la vida en entornos donde las marcas físicas no incomodan —dijo Moreau—. O alguien que la ha tenido suficiente tiempo para olvidar que la tiene.

Vallois agradeció a Moreau y volvió a las pantallas.

El intermediario de la cicatriz había estado en la gala. No como invitado registrado, porque Renard había verificado la lista de invitados y ningún nombre correspondía a la descripción de Aumont. Como parte de los grupos de acompañantes de algunos de los invitados con mayor número de comitiva. En ese tipo de eventos, los hombres de confianza de los financieros importantes llegaban como extensión discreta de sus empleadores y no necesitaban figurar en ningún registro.

Renard llegó a las cuatro de la tarde con la información sobre la empresa biomédica.

—Encontré el proyecto —dijo, dejando una impresión sobre la mesa—. En el año en que Alexandre de Marigny financió la empresa, había tres proyectos activos en el área de farmacología. Uno de ellos se titulaba *Optimización de alcaloides vegetales para aplicaciones terapéuticas en oncología*.

—¿Y?

—Publicaron dos artículos científicos ese año. En ambos se agradece la financiación de la empresa de Marigny. En el segundo artículo hay una sección sobre modificación de la solubilidad de los alcaloides en función del pH del compuesto con el que interactúan. —Renard miró a Vallois—. El acónito aparece mencionado como ejemplo en la segunda tabla comparativa.

Vallois leyó el párrafo relevante del artículo. Era denso y técnico, del tipo que ningún lector sin formación farmacológica habría comprendido. Pero para alguien que buscara específicamente ese tipo de información, el artículo ofrecía exactamente lo que Moreau había descrito como necesario para preparar la aconitina modificada: la base teórica sobre cómo ajustar la activación del compuesto en función de las variables químicas del medio en que se aplicaba.

—Alexandre no solo conocía el método —dijo Vallois—. Tenía en sus archivos la investigación que lo hacía posible. Publicada. Financiada por él.

—¿Eso es suficiente para una acusación?

—No todavía —dijo Vallois—. Tener acceso a información sobre una sustancia no es haber producido esa sustancia ni haberla aplicado. —Miró la pantalla congelada en el fotograma de Alexandre mirando los labios de

Adeline—. Pero junto con lo que tenemos, empieza a dibujarse algo que un fiscal puede presentar a un jurado.

Renard miró el fotograma.

—¿Y el hombre de la cicatriz?

—Ese —dijo Vallois— es lo que todavía necesitamos.

Cerró las pantallas. Recogió el cuaderno. La sala de análisis quedó en silencio y en la luz fría de las pantallas apagadas, con el café frío sobre la mesa y los fotogramas de doscientas personas que habían estado en el lugar correcto en el momento incorrecto sin haberlo sabido.

Adeline lo había sabido.

Y había escrito sobre los labios porque sabía que quien mirara sus labios en ese momento sería el único que no podía no hacerlo.

Era la última pista que había dejado.

Y era la mejor.

CAPÍTULO 10

La vendimia de los cadáveres

Piamonte, Italia. Dieciocho días después de la gala.

El viaje al Piamonte lo hizo Vallois solo, sin Renard, que se quedó en Mónaco trabajando en los registros de viaje del intermediario a partir de la descripción de Aumont y del fotograma ampliado de la gala. Era un viaje que Vallois necesitaba hacer sin la estructura de una investigación oficial porque lo que buscaba no estaba en ningún registro oficial: estaba en la memoria de las personas que habían vivido algo que la documentación clasificó de una manera y que la realidad había sido de otra.

Los viñedos de la familia GrimaldiVinci en el Piamonte eran una propiedad compacta de cuarenta hectáreas en las colinas entre Barolo y La Morra, en esa zona donde la tierra produce vinos que el resto del mundo llama grandes y que los piamonteses llaman simplemente lo que ocurre cuando el suelo es el correcto y la paciencia es suficiente. La casa principal era de piedra, sobria, sin las concesiones al glamour que la villa de Mónaco había acumulado en tres siglos. Aquí el dinero no se mostraba. Aquí el dinero trabajaba.

El encargado actual de la propiedad se llamaba Marco Verdini, sesenta años, que había trabajado junto a Gabriel Santori durante dos décadas antes de que Santori se trasladara definitivamente a Mónaco. Verdini recibió a Vallois en el jardín de la casa con la hospitalidad piamontesa que no es efusiva pero es absoluta: ofreció vino sin preguntar si quería, lo invitó a sentarse sin preguntarle cuánto tiempo tenía, y esperó a que Vallois dijera lo que había venido a decir con la paciencia de alguien que ha pasado décadas esperando que las cosas ocurran en su tiempo natural.

—Conoció usted a Elias Brenner —dijo Vallois.

No era una pregunta. Verdini lo reconoció y asintió.

—Era un hombre educado —dijo Verdini—. De los que hacen preguntas sin parecer que acusan. Pasó dos días aquí revisando los libros de exportación con la amabilidad de un maestro que corrige sin levantar la voz.

—¿Y al tercer día?

Verdini miró el viñedo durante un momento.

—Al tercer día encontramos su cuerpo al pie del talud de la parcela este. Una caída, dijo la investigación. El talud no tiene más de cuatro metros pero la caída fue en ángulo y la cabeza impactó contra la piedra. —Una pausa—. Fue un accidente.

—¿Lo cree usted?

La pausa que siguió era de la clase que produce no la duda sobre lo que se piensa sino la evaluación de si lo que se piensa puede decirse.

—Creo que fue un accidente que ocurrió en circunstancias que hacían posible que alguien lo ayudara a ocurrir —dijo Verdini, con la precisión cautelosa del hombre que lleva años cargando una frase sin saber si va a encontrar a alguien que merezca escucharla—. Y creo que si hubiera sido solamente un accidente, ciertas personas no habrían salido de aquí esa misma tarde con tanta urgencia.

—¿Quiénes salieron?

—El señor que venía de Mónaco —dijo Verdini—. El que había llegado el día antes diciéndome que venía a revisar el estado de la cosecha. Sin anunciarse, sin que nadie lo hubiera invitado. Llegó el segundo día de la visita de Brenner y se fue la misma tarde en que Brenner murió.

—¿Lo conocía?

—Lo había visto antes. Dos o tres veces en los años anteriores, acompañando a madame Béatrice en sus visitas de supervisión. —Verdini buscó en su memoria con la concentración de quien accede a un archivo que no ha abierto en mucho tiempo—. Un hombre de mediana edad. Discreto. Con una marca aquí. —Se tocó la barbilla izquierda—. Una cicatriz pequeña.

Vallois no cambió la expresión. Pero anotó en el cuaderno con la presión del bolígrafo que usaba cuando algo era importante.

—¿Le dijo cómo se llamaba?

—Me presentó un nombre. No recuerdo cuál. No era su nombre real, eso lo supe después.

—¿Cómo lo supo?

—Porque Santori, cuando llegó a Mónaco y llamé para contarle lo que había pasado, me preguntó cómo era el hombre. Se lo describí. Y Santori quedó en silencio durante veinte segundos antes de decirme que no hablara con

nadie más de lo que había visto. —Verdini miró sus manos—. Le obedecí. Durante cinco años le obedecí.

—¿Y por qué me lo cuenta ahora?

—Porque la señorita Adeline está muerta —dijo Verdini, con la sencillez que tienen algunas verdades cuando ya no hay razón para protegerlas—. Y porque el silencio que Santori me pidió fue el silencio que ella pagó. Eso no me parece justo. Y a mi edad ya no tengo suficiente tiempo para seguir haciendo cosas que no me parecen justas.

Vallois pasó la tarde revisando con Verdini los registros de exportación de los años en cuestión, cruzando fechas con los embarques que Renard había identificado como sospechosos. La coincidencia era sistemática: los períodos de mayor actividad de los embarques fantasma en el muelle cuatro de Mónaco correspondían exactamente con los períodos de mayor producción declarada en los libros piamonteses. Una producción que en varios casos excedía en un treinta por ciento lo que las cuarenta hectáreas disponibles podían razonablemente producir.

El exceso era el dinero que entraba disfrazado de vino.

Verdini no le hacía preguntas mientras revisaban juntos los libros. Era el tipo de hombre que entiende cuándo su función es proporcionar acceso y cuándo es proporcionar opinión, y que no confunde las dos. Solo una vez, cuando Vallois señaló una entrada particularmente inconsistente que registraba una cosecha récord en un año de sequía documentada, Verdini dijo en voz baja:

—Ese año tuvimos la peor cosecha de la década. Si hubiera producido lo que dice ese libro, habría aparecido en todos los artículos especializados de la región. Nadie obtuvo esas cifras ese año.

—¿Y sin embargo el registro lo dice?

—El registro dice lo que alguien necesitaba que dijera —dijo Verdini—. No lo que ocurrió.

Vallois fotografió las páginas relevantes. Luego fotografió las páginas anteriores y posteriores, porque en su experiencia el fraude nunca estaba solo en los datos alterados sino en la diferencia entre esos datos y los que los rodeaban, y esa diferencia era lo que los peritos contables podrían usar después para construir la demostración que ninguna fotografía de un libro podía construir sola.

Antes de salir, Vallois le preguntó a Verdini una última cosa.

—¿Hay alguien más en la propiedad que haya estado aquí desde el tiempo de Brenner?

Verdini pensó.

—La cocinera —dijo—. Carmela lleva treinta años aquí. Pero es mayor y no habla bien el francés.

—No importa —dijo Vallois—. ¿Puedo hablar con ella?

Carmela tenía setenta y ocho años y la cocina en el estado del que cocina todos los días sin pensar en ella. Le dijo a Vallois, a través de Verdini que traducía, que recordaba perfectamente la noche de la cena con Brenner porque había sido una cena difícil: había cocinado para cuatro personas y al final solo habían comido dos, porque los otros dos habían llegado tarde y uno de ellos, el señor Brenner, había bebido más de lo habitual.

—¿Quién sirvió el vino? —preguntó Vallois.

Carmela frunció el ceño mientras lo recordaba. Luego dijo algo que Verdini tradujo con la cara del que transmite información sin estar seguro de su importancia.

—Dice que el señor de la cicatriz ofreció servir él mismo cuando ella fue a la cocina a buscar el segundo plato. Que cuando volvió, las copas ya estaban llenas.

Vallois cerró el cuaderno.

La exportación era el canal. Los registros de Adeline eran el mapa. Y la muerte de Brenner era el momento en que alguien decidió que el mapa no podía llegar a ningún destino.

Isabelle Moreau llegó al Piamonte al día siguiente, convocada por Vallois con la solicitud de que revisara los archivos de la investigación sobre la muerte de Brenner que las autoridades italianas habían conservado. Era un archivo delgado, como suelen serlo los archivos de los accidentes que no son completamente accidentes: el tipo de investigación que se hace con suficiente cuidado para poder decir que se hizo y con suficiente prisa para no encontrar lo que encontraría una investigación real.

Moreau lo revisó en dos horas en la sala de lectura del archivo municipal de La Morra.

—¿Y? —dijo Vallois cuando ella salió.

—El informe de autopsia describe el traumatismo craneal consistente con una caída —dijo Moreau—. Pero hay una observación que el médico forense consignó y que la investigación no siguió: había en la mucosa oral del difunto rastros de un compuesto que el forense atribuyó al vino que Brenner había bebido en la cena anterior. —Moreau hizo una pausa—. El forense no era especialista en toxicología. No tenía razones para buscar más allá de lo que describía la hipótesis del accidente.

—¿Y si hubiera buscado?

—Si hubiera enviado una muestra a análisis especializado, podría haber encontrado —Moreau eligió las palabras con cuidado— residuos de una sustancia que en dosis bajas produce desorientación y pérdida de reflejos. Compatible con una caída accidental. Compatible también con una caída facilitada por alguien que sabía que la sustancia estaba presente en el organismo.

—¿Puede probar eso ahora, cinco años después?

—No. Los restos biológicos de Brenner han sido cremados según sus instrucciones. No hay muestra disponible para análisis retroactivo. —Moreau cerró la carpeta—. Lo que sí puedo decir es que la descripción del compuesto en la mucosa oral es consistente con la clase de sustancia que alguien con conocimiento farmacológico podría haber añadido al vino de Brenner durante la cena. Y que la persona que lo hizo probablemente había estudiado antes los efectos de esa sustancia combinada con alcohol.

Vallois miró los viñedos desde la ventana de la sala de lectura. Las hileras de cepas en las colinas piemontesas, verdes todavía en la tarde de octubre, con la precisión de algo que ha sido plantado y cuidado durante generaciones.

—Cinco años atrás —dijo Vallois—, alguien con conocimiento farmacológico añadió algo al vino de Brenner durante una cena en esos viñedos. Brenner perdió los reflejos. Cayó. Murió. Y el mismo sistema que usó esa primera vez lo perfeccionó para usarlo de nuevo con Adeline.

—Con una diferencia importante —dijo Moreau.

—¿Cuál?

—Con Brenner, la sustancia fue administrada en el líquido. Era un método menos preciso, más dependiente de la cantidad que bebió la víctima. —Moreau se levantó—. Con Adeline, la sustancia fue aplicada en el cristal. Fue diseñada específicamente para activarse con el champagne en cuestión. Era un método perfectamente controlado, completamente indetectable si no se buscaba en el lugar correcto. —Hizo una pausa—. La distancia entre los dos métodos es la distancia entre alguien que improvisa y alguien que aprende.

En el coche de regreso al hotel, Vallois llamó a Renard.

—El intermediario con cicatriz —dijo—. Verdini lo vio en los viñedos el día de la muerte de Brenner. Vino en representación de Béatrice sin anunciarse. Se fue la misma tarde.

—Entonces el intermediario no es nuevo en esto —dijo Renard.

—No. Es alguien que Béatrice usa desde hace años para las situaciones que requieren soluciones que ningún documento puede firmar. —Vallois miró la carretera piemontesa que serpentea entre las colinas—. Y Alexandre lo usó para esta porque Alexandre no necesitaba inventarlo: ya existía. Ya tenía experiencia. Ya sabía cómo entrar a un evento sin estar en la lista y salir sin que nadie lo recordara.

—¿Y Santori?

—Santori sabía lo que había ocurrido con Brenner y calló —dijo Vallois—. Adeline lo sabía también. Y en lugar de acusarlo, escribió el capítulo trece con suficiente ambigüedad para protegerlo. —Una pausa—. Eso me dice algo sobre Santori que todavía no sé cómo usar.

—¿Qué le dice?

—Que su silencio no era complicidad con el crimen —dijo Vallois—. Era complicidad con Adeline. Que son dos cosas completamente distintas y que el sistema legal rara vez sabe distinguirlas.

Colgó. Miró los viñedos una última vez antes de que la carretera los dejara atrás.

La vendimia de los cadáveres, había escrito Adeline en el capítulo que faltaba.

No era solo un título. Era una descripción de lo que la familia GrimaldiVinci había producido durante años junto a sus cosechas reconocidas: algo que nadie quería ver en la etiqueta pero que estaba en el fondo de cada exportación que pasó por el muelle cuatro sin que ninguna grúa registrara actividad.

Vallois durmió mal esa noche.

Pero durmió con la certeza de quien ya sabe lo que ocurrió y que lo que queda es encontrar la manera de demostrarlo.

Que era, en la investigación de crímenes elegantes, la parte más difícil.

Y la más importante.

CAPÍTULO 11

La habitación de cristal

Mónaco. Veinte días después de la gala.

La presión política que Vallois había gestionado hasta entonces con la cortesía firme de quien sabe que tiene razón y que el tiempo trabaja a su favor llegó esa semana a un nivel diferente. Ya no eran llamadas del director de la Sûreté con sugerencias elegantes sobre la conveniencia de la discreción. Eran reuniones formales con funcionarios que llegaban con carpetas y con la expresión de quienes vienen a comunicar una decisión, no a deliberar sobre ella.

El subcomisario Devereux convocó a Vallois a su despacho a las nueve de la mañana con la formalidad de una citación escrita, que en veinte años de servicio Vallois había recibido exactamente dos veces anteriores y que en ambas ocasiones había precedido a conversaciones que no habían terminado bien para ninguna de las dos partes.

—Vallois —dijo Devereux, sin levantarse y sin ofrecerle asiento, que era la manera en que Devereux comunicaba la naturaleza de una reunión antes de que comenzara—, necesito que me explique hacia dónde se dirige esta investigación.

—Hacia donde van las pruebas —dijo Vallois.

—Las pruebas, según lo que tengo entendido, incluyen ahora investigaciones en Italia, entrevistas con editores en París, análisis de registros portuarios y lo que me han informado como una revisión

exhaustiva de la estructura financiera de una familia con tres siglos de presencia en el Principado.

—Así es.

—¿Y el resultado de todo eso?

—Un caso que se consolida —dijo Vallois—. Todavía no está completo. Pero se consolida.

Devereux cruzó los brazos.

—El gobierno del Principado —dijo, con el tono de quien cita una entidad abstracta que en realidad son personas específicas con nombres y teléfonos — tiene interés en que este caso se resuelva con la discreción que la imagen internacional de Mónaco requiere.

—¿Y cuál es la versión de discreción que propone el gobierno del Principado?

—Que el caso se enfoque en el perpetrador directo. El prometido. Que los elementos que afecten a la reputación de instituciones e individuos más allá del caso inmediato se manejen con la cautela apropiada.

Vallois lo miró durante un momento.

—Subcomisario —dijo—, me está pidiendo que construya un caso contra Alexandre de Marigny como actor solitario y que prescinda de todo lo que conecta ese acto con una red que lleva años operando en los muelles de este Principado con el conocimiento implícito de personas que tienen relaciones con el gobierno que usted representa.

—Le estoy pidiendo que sea profesional.

—Soy profesional —dijo Vallois—. Lo que no soy es conveniente. —Hizo una pausa—. Si tiene una instrucción formal que darme, démela por escrito con su firma. La incluiré en el expediente junto con la fecha y la hora de esta conversación.

Devereux lo miró durante varios segundos.

—No tengo ninguna instrucción formal que darle —dijo finalmente.

—Entonces le agradezco su tiempo —dijo Vallois, y salió.

Esa tarde, con la certeza de que el margen disponible se estrechaba, fue a la villa GrimaldiVinci con la determinación de encontrar lo que todavía faltaba. No el despacho, no el dormitorio: el resto de la villa. Los espacios que nadie había revisado todavía porque nadie había tenido razones para hacerlo.

Lo encontró en el tercer intento: detrás de un panel de la antigua biblioteca de la planta baja, diferente de la biblioteca del despacho de Adeline, en la parte de la villa que correspondía a la administración histórica de la familia. Un panel de madera que cedía al presionarlo en el extremo izquierdo, exactamente como los compartimentos ocultos que Vallois había leído en

los informes de casas históricas europeas y que siempre le habían parecido excesivamente novelescos hasta que empezó a encontrarlos.

Detrás había una habitación pequeña que no aparecía en ningún plano de la propiedad que el equipo forense había revisado.

Vallois llamó a la habitación la habitación de cristal, no porque tuviera cristal sino porque todo en ella era transparente en su propósito: una sala de archivo personal de Adeline, construida o adaptada en algún momento de los últimos años, con estantes metálicos que llegaban al techo y que contenían cajas ordenadas por año y por tema.

No eran los registros portuarios que Adeline firmaba como parte de sus obligaciones familiares. Eran otra cosa: carpetas con fotografías, con transcripciones de conversaciones que alguien había grabado, con copias de contratos y de movimientos bancarios obtenidos de maneras que Vallois prefirió no preguntar. Era un archivo de vigilancia construido con la paciencia de años y la metodología de alguien que sabía exactamente lo que buscaba desde mucho antes de empezar a buscarlo.

La primera caja que abrió contenía fotografías de reuniones en yates. Cuatro hombres alrededor de una mesa en lo que parecía el interior de una embarcación de lujo, con documentos extendidos entre las copas. Los cuatro eran reconocibles: dos aparecían en los registros financieros que Renard había rastreado, uno era el empresario suizo Viktor Holzmann, cuyo nombre había aparecido ya en la periferia de la investigación sin que Vallois hubiera tenido tiempo de profundizar en él. Y el cuarto era Alexandre de Marigny, joven todavía en la fotografía, con la expresión de alguien que acaba de ser admitido en una conversación que ha deseado durante tiempo.

La fecha en el reverso de la fotografía: ocho años atrás. Un año antes de que Alexandre conociera a Béatrice en Ginebra según los registros de hotel. Dos años antes de que la regata en Saint-Tropez produjera el encuentro oficial con Adeline.

Alexandre era parte de la red antes de Béatrice. No había sido reclutado por ella. Había llegado antes, posiblemente a través de Holzmann, y había sido Béatrice quien lo había adoptado como aliado después de verificar que era de confianza.

Vallois pasó tres horas en la habitación, fotografiando sin llevarse nada todavía, construyendo mentalmente la cronología completa que las fotografías y los documentos revelaban. Lo que encontró confirmaba y ampliaba todo lo que la investigación había establecido hasta ese momento: la red financiera, las identidades de los participantes, las fechas de las operaciones. Y en una caja separada de las demás, marcada simplemente con una A, grabaciones en formato digital que Adeline había hecho de conversaciones en el despacho usando un dispositivo tan pequeño que ningún visitante habría pensado en buscarlo.

Entre esas grabaciones, una que Vallois reprodujo en su teléfono con los auriculares puestos, de pie en la habitación de cristal, y que duró dieciséis minutos.

La voz de Adeline. La voz de Alexandre. Una conversación en el despacho de hacía dos semanas antes de la gala. Alexandre le decía que el manuscrito tenía que detenerse. Que había personas que no iban a tolerar la publicación. Que ella sabía perfectamente lo que eso significaba y que él no podía garantizar su seguridad si elegía ignorarlo.

La voz de Adeline en la grabación era la que Vallois había aprendido a reconocer en el manuscrito: fría, precisa, sin el temblor que uno esperaría de alguien que recibe una amenaza velada de quien comparte su vida.

—¿Me estás amenazando? —decía Adeline.

—Te estoy informando —decía Alexandre—. Hay una diferencia.

—¿La misma diferencia que existe entre invertir en investigación farmacológica y saber para qué sirve lo que investigas?

Un silencio en la grabación.

—Adeline —decía Alexandre, con un tono que había bajado y que tenía algo que Vallois reconoció como lo que Faroux había descrito: no solo la frialdad del operador financiero sino algo más complejo debajo de ella—, hay cosas que no puedes deshacer una vez que las pones en el mundo. Este libro es una de esas cosas.

—Lo sé —decía Adeline—. Por eso lo escribí.

Otro silencio. Más largo.

—¿Y si te dijera que lo entiendo? —decía Alexandre—. ¿Que entiendo perfectamente por qué lo escribiste y que aun así es imposible?

—Te diría que entender y no poder hacer nada al respecto es la condición de la mayoría de las personas en la mayoría de las situaciones importantes —decía Adeline—. Y que ese entendimiento no cambia nada de lo que va a ocurrir.

La grabación terminaba allí.

Vallois se quedó en la habitación durante varios minutos después de que terminó, con los auriculares todavía puestos y el teléfono en la mano, procesando lo que había escuchado.

Alexandre sabía. No solamente que el libro describía el método de su propio asesinato potencial. Sabía que Adeline lo sabía a él. Y Adeline sabía que él sabía. Y ninguno de los dos había abandonado el terreno porque ninguno de los dos podía hacerlo: ella porque el libro era ya una extensión de sí misma que no podía detenerse, y él porque la red que lo había formado no aceptaba retiradas de ningún tipo.

Era una conversación entre dos personas que se habían amado y que en ese momento se estaban mirando desde lados opuestos de algo que ya no podía no ocurrir.

Vallois guardó el teléfono y llamó a Renard.

—Necesito un equipo forense en la villa GrimaldiVinci —dijo—. Hay una habitación detrás del panel de la biblioteca de la planta baja que no está en los planos. Necesito que cataloguen todo el contenido con protocolo de cadena de custodia completa. —Hizo una pausa—. Y Renard: esto no sale de la Sûreté hasta que yo diga. No Devereux, no el director, nadie.

—¿Está seguro de que puede hacer eso?

—Completamente —dijo Vallois—. El expediente tiene más de veinte días. Una habitación descubierta durante una revisión rutinaria de los locales pertenece al expediente activo, que es de mi competencia exclusiva hasta que yo lo cierre. —Otra pausa—. Nadie me puede quitar eso.

Salió de la villa cuando el sol empezaba a bajar sobre el puerto y el Mediterráneo tomaba ese color específico de las tardes de octubre en que el cielo no termina de decidir si va a ser azul o gris y elige los dos al mismo tiempo.

En el coche marcó el número de Claire Desrosiers.

—Madame Desrosiers —dijo cuando ella contestó—. Tengo una pregunta sobre la instrucción que le dejó Adeline respecto a Gabriel Santori.

—Dígame.

—¿Le dijo por qué a él específicamente? ¿Por qué Santori era la persona en quien confiaba en caso de muerte?

Una pausa.

—Me dijo que Gabriel Santori era el único que la había conocido antes de que ella supiera quién era —dijo Claire—. Y que por eso era el único que sabía qué partes del libro eran literatura y qué partes eran memoria. —Otra pausa—. Me dijo algo más que en su momento no entendí completamente.

—¿Qué dijo?

—Dijo que si algo le ocurría, Santori sería el primero en entender por qué y el último en poder decirlo. Y que esa contradicción era exactamente la razón por la que confiaba en él: porque un hombre que carga una contradicción así no tiene más remedio que ser honesto con ella si quiere seguir siendo honesto consigo mismo.

Vallois colgó y condujo hacia el puerto con esa frase resonando en el silencio del coche.

Un hombre que carga una contradicción así no tiene más remedio que ser honesto con ella.

Mañana iría a ver a Santori.

Era el momento.

Pero antes de dormir esa noche, Vallois abrió el cuaderno paralelo y añadió una nota que no era sobre el caso sino sobre el caso: *Viktor Holzmann aparece en la fotografía de la habitación de cristal, ocho años atrás, en la*

misma reunión en yate que Alexandre. No es un personaje periférico de la red. Es uno de sus nodos centrales. Si Holzmänn sabe lo que sabe sobre Adeline y sobre la investigación, puede convertirse en el segundo punto débil del sistema en las próximas horas. Los sistemas bajo presión no colapsan por el centro. Colapsan por el exterior.

Cerró el cuaderno.

Esa noche llovió sobre el puerto y los yates se movieron suavemente en sus amarres como si respondieran a algo que el agua les decía en voz baja.

Vallois durmió con la ventana entreabierta, que era su costumbre en las noches en que necesitaba que la mente siguiera trabajando mientras el cuerpo descansaba.

A las tres de la mañana, el teléfono sonó.

Era Renard.

—Inspector —dijo Renard, con la voz de quien acaba de escuchar algo que no quería escuchar—. Han encontrado un cuerpo en el puerto. Un hombre. Lo sacaron del agua hace una hora entre dos yates en el muelle cuatro.

Vallois se sentó en la cama.

—¿Identificado?

—Sí —dijo Renard—. Viktor Holzmänn. Empresario suizo. Cincuenta y ocho años.

Vallois miró la ventana y la lluvia sobre el puerto.

Los sistemas bajo presión colapsan por el exterior. Lo había escrito dos horas antes.

Y alguien, aparentemente, había llegado a la misma conclusión antes que él.

CAPÍTULO 12

El hombre que leyó demasiado bien

Mónaco y el puerto Hércules. Veintiún días después de la gala.

La muerte de Holzmänn no tenía firma literaria.

Eso era lo primero que Vallois notó cuando llegó al muelle cuatro a las cuatro de la mañana, con la lluvia todavía sobre el puerto y el cuerpo de Viktor Holzmänn extendido sobre el muelle mientras el equipo forense trabajaba bajo focos de emergencia. No había copa de cristal. No había veneno elegante. No había escenografía diseñada para ser reconocida como extensión de ninguna obra. Había un hombre de cincuenta y ocho años que había muerto ahogado con señales de forcejeo en los brazos y sin billetera, lo cual las primeras interpretaciones querían presentar como robo aunque ningún ladrón del puerto Hércules habría elegido ese muelle específico porque ese muelle no era un lugar donde la gente pasara de noche con efectivo.

Moreau llegó veinte minutos después de Vallois.

—¿Cuánto tiempo lleva en el agua? —dijo Vallois.

—Entre dos y cuatro horas —dijo Moreau, examinando el cuerpo con la concentración inexpresiva de quien hace su trabajo en condiciones que cualquier otra persona encontraría insoportables—. El agua está a quince grados. Eso ralentiza la determinación. Seré más precisa en el laboratorio.

—¿Hay algo que no corresponda a un ahogamiento simple?

—La posición de los hematomas en los antebrazos sugiere que intentó protegerse antes de caer al agua —dijo Moreau, señalando dos marcas específicas—. Eso es consistente con alguien que fue empujado más que con alguien que cayó. Pero es una diferencia que requiere análisis más detallado para establecerse con certeza legal.

—¿Y la billetera?

—No está. Pero el reloj sí. —Moreau señaló la muñeca de Holzmänn—. Un reloj de esa marca vale más que cualquier billetera. Un ladrón que deja el reloj no es un ladrón. Es alguien que quería que pareciera un ladrón.

Renard se acercó mientras Moreau seguía trabajando.

—Holzmänn cenó solo anoche en el restaurante del puerto. Llegó a las ocho, salió cerca de las diez. El maître lo recuerda porque es cliente habitual cuando está en Mónaco. No hay cámaras en el tramo entre el restaurante y el muelle cuatro.

—¿Holzmänn tenía yate en ese muelle?

—No. Su embarcación está en el muelle dos. No hay razón obvia para que estuviera en el muelle cuatro de noche.

—La razón no era obvia para Holzmänn —dijo Vallois—. Era obvia para quien lo citó allí.

Renard lo miró.

—¿Cree que lo citaron?

—Creo que alguien bajo presión decidió que Holzmänn representaba un riesgo y actuó antes de que ese riesgo se materializara —dijo Vallois—. Lo hizo de manera rápida y sin elegancia porque la elegancia requiere tiempo y planificación, y quien tomó esta decisión no tenía ninguna de las dos cosas disponibles.

—¿Alexandre?

—O alguien que actúa en su nombre —dijo Vallois—. El intermediario de la cicatriz.

Esa mañana, sin dormir, fue directamente a ver a Gabriel Santori.

Santori vivía en un apartamento modesto cerca del puerto, en el barrio donde los empleados de las grandes casas del Principado encontraban alojamiento con la discreción que sus empleadores preferían. La zona tenía

la dignidad funcional de los lugares donde la gente vive de verdad: mercado, panadería, lavandería, sin yates visibles desde ninguna ventana.

Santori abrió la puerta sin sorpresa. Era la reacción de alguien que había anticipado esta visita desde hacía días y que había decidido que cuando llegara la recibiría sin evasiones.

—Inspector Vallois —dijo—. Pase.

El apartamento era limpio y ordenado con la austeridad de quien no necesita demostrar nada con sus objetos. Libros sobre viticultura y enología, una fotografía grande de los viñedos del Piamonte en la pared principal y, en la estantería junto a la ventana, una botella de la cosecha de cuarenta años atrás que ningún coleccionista habría podido comprar porque nunca había salido al mercado.

Santori preparó café sin preguntar si Vallois quería, porque en los momentos importantes la gente necesita café aunque no lo sepa todavía.

—Sabe por qué estoy aquí —dijo Vallois.

—Sé que Holzmann murió anoche —dijo Santori, sentándose frente a él—. Lo escuché en las noticias de las seis.

—¿Y sabe que la habitación de cristal de la villa ha sido catalogada como evidencia?

Santori miró su taza.

—Sabía que existía —dijo—. No sabía que la encontraría tan rápido.

—Adeline me dejó pistas suficientes —dijo Vallois—. Algunas deliberadas. Otras involuntarias. Pero suficientes.

Santori asintió.

—Era así —dijo, con el tono de alguien que describe a una persona que conoció bien—. Dejaba pistas aunque no quisiera dejarlas. Era demasiado honesta para ser completamente discreta.

—Señor Santori, voy a hacerle preguntas directas. Y le pido que me responda con la misma franqueza, porque lo que me diga hoy va a determinar qué clase de posición tiene usted en lo que viene después.

—Adelante —dijo Santori.

—¿Vio usted morir a Elias Brenner?

Una pausa larga.

—No lo vi morir —dijo Santori—. Vi cómo lo preparaban para que muriera. Y no lo detuve.

—¿Por qué no?

—Porque tenía miedo. —La respuesta llegó sin ornamento—. Llevaba treinta años trabajando para esa familia. Sabía cosas que no podía no saber. Y cuando entendí lo que iba a ocurrir, calculé que detenerlo me costaría todo lo que tenía y que no lo detendría de todas formas.

—¿Quién decidió matar a Brenner?

Santori miró la botella en la estantería.

—No lo sé con certeza —dijo—. Lo que sé es que el hombre de la cicatriz llegó esa tarde a los viñedos sin que nadie lo hubiera invitado. Cuando entró a la cena con Brenner, yo salí de la habitación porque entendí que no quería estar allí. —Santori miró a Vallois—. Eso es lo que hice. Salí de la habitación. Y eso es lo que no me perdonaré nunca.

—¿El nombre del intermediario?

—Su nombre verdadero, no. Lo he visto cuatro veces en veinte años. Siempre en los momentos en que algo tenía que resolverse de una manera que ningún documento podía firmar.

—¿Y cuándo Adeline empezó con el manuscrito?

—Lo supe cuando me lo dijo ella misma —dijo Santori—. Vino a verme hace dos años. Me dijo que sabía lo que había ocurrido con Brenner, que lo había descubierto en los archivos de la familia, que iba a escribirlo.

—¿Y usted qué le dijo?

—Le dije que era una locura. Que las personas implicadas no tolerarían ese libro. Que si lo publicaba la ponía en un peligro que no era abstracto.

—¿Y ella?

—Me dijo: Gabriel, llevo diez años viviendo en un peligro que no es abstracto. La diferencia es que ahora voy a elegirlo en lugar de soportarlo. —Santori dejó la taza—. No pude refutarle eso.

—¿Y el capítulo trece la señala a usted directamente?

—Lo leí —dijo Santori—. Sí. Lo señala. Con suficiente cuidado para que no sea una condena directa pero con suficiente precisión para que quien me conozca sepa de qué habla. —Una pausa—. Eso era Adeline. Te acusaba y te protegía al mismo tiempo. Era incapaz de hacer una sola cosa cuando podía hacer dos.

—¿Está dispuesto a declarar formalmente lo que me acaba de decir?

Santori lo miró durante un momento largo, con los ojos de alguien que ha cargado algo durante demasiado tiempo y que ha llegado al punto donde seguir cargándolo cuesta más que soltarlo.

—Sí —dijo—. Con una condición.

—¿Cuál?

—Que lo que digo sobre mí mismo se use contra mí si hay que usarlo —dijo Santori—. No quiero protección. Quiero que lo que ocurrió con Brenner tenga consecuencias para las personas correctas. Y si yo soy una de esas personas, también.

Vallois asintió. Era la respuesta más honesta que había recibido en toda la investigación y también la que planteaba el problema legal más

complicado: un testigo que quería ser tratado como cómplice era el tipo de situación que los fiscales no sabían bien cómo manejar.

Pero ese era un problema para después.

—Una última pregunta —dijo Vallois—. En la noche de la gala, cuando Adeline pronunció su discurso: usted bajó los ojos en el momento en que ella bebió. ¿Por qué?

Santori miró la fotografía de los viñedos en la pared.

—Porque no quería ver si ocurría —dijo—. Y porque si no ocurría, quería que el primer momento de alivio fuera también el primero de vergüenza. Para no poder olvidar que estuve allí y no hice nada para impedirlo.

—¿Y si hubiera podido impedirlo?

—No podía —dijo Santori—. Ya estaba hecho antes de que empezara la noche. Lo entendí cuando vi la copa en su lugar y noté que el borde tenía un reflejo diferente al del resto del cristal. —Una pausa—. Lo noté y no dije nada. Porque no estaba seguro. Y porque tenía miedo. Y porque soy el mismo hombre que salió de la habitación en el Piamonte hace cinco años.

Vallois salió del apartamento con el peso de los casos donde la culpa no tiene una forma limpia.

Había cuatro personas que sabían, en distintos grados y con distintas responsabilidades, lo que iba a ocurrir esa noche. Alexandre, que lo había diseñado. Béatrice, que no lo había detenido. El intermediario, que lo había ejecutado. Y Santori, que había visto el reflejo diferente en el borde del cristal y había bajado los ojos.

Solo uno de ellos había bajado los ojos por vergüenza.

Era la distinción que el sistema legal no sabía hacer bien.

Y la que Adeline, que conocía a todos los involucrados, había dejado escrita con la ambigüedad exacta necesaria para que quien la leyera tuviera que pensar antes de juzgar.

Esa tarde, Vallois preparó el dossier completo para el fiscal.

Antes de cerrarlo, llamó a Renard con tres instrucciones.

—Primera: localice al intermediario a través de los registros de entrada al Principado en las cuatro semanas previas a la gala. Cualquier hombre de cuarenta y tantos años, francés, sin figurar en ninguna lista oficial de invitados a eventos registrados. Empiece por el aeropuerto de Niza y los pasos fronterizos terrestres.

—¿Y la segunda?

—Que nadie hable con Béatrice de GrimaldiVinci en las próximas veinticuatro horas. Si intenta salir del Principado, quiero saberlo de inmediato. No la detenga. Solo infórmeme.

—¿Y la tercera?

—Protección discreta sobre Santori desde esta tarde —dijo Vallois—. No custodia oficial. Un agente de civil en el edificio. Si el intermediario está en Mónaco y sabe que Santori habló, puede considerar que Santori es el siguiente problema que necesita resolver.

—¿Cree que el intermediario sigue aquí?

—Holzmann murió hace menos de doce horas —dijo Vallois—. Un hombre que trabaja así no abandona el territorio hasta que quien lo contrató le dice que puede hacerlo. Y quien lo contrató todavía está esperando saber si la situación está controlada. Una vez que el dossier esté en manos del fiscal, cualquier acción adicional del intermediario se convierte en obstrucción de justicia en curso, que es un cargo considerablemente más visible que el que tienen ahora.

Colgó y miró las ciento diecisiete páginas sobre el escritorio. Veinte días de investigación: fotografías, transcripciones, análisis forenses, registros portuarios, la lista de distribución del manuscrito, la grabación de la conversación en el despacho dos semanas antes de la gala, y la declaración de Santori, firmada esa misma mañana con la letra firme de quien ha tomado una decisión y no planea revisarla.

Cerró el dossier. Lo puso en el sobre.

Y pensó, antes de levantarse, en la frase que Adeline había subrayado en rojo en la página ochenta y uno del manuscrito: *el asesino no brinda, observa los labios de la víctima*.

Había tenido razón en todo. En el método, en los personajes, en la arquitectura del crimen y en quien lo diseñó.

Lo único que no había escrito era el final.

Ese lo escribiría el proceso judicial.

Y después, Claire Desrosiers.

Ya tenía suficiente.

CAPÍTULO 13

Champagne Espumoso

Casino de Montecarlo, Mónaco. Veintitrés días después de la gala.

Alexandre de Marigny organizó la subasta benéfica con la fluidez de quien ha organizado eventos similares durante años y que sabe exactamente qué hace que una velada de ese tipo funcione: el espacio correcto, los invitados correctos, la causa suficientemente noble para que nadie cuestione la celebración, y el champagne suficientemente bueno para que la noche parezca natural aunque no lo sea.

El Casino de Montecarlo tenía la ventaja adicional de ser el único lugar del Principado donde la presencia de cualquier persona podía explicarse sin que nadie preguntara demasiado. Vallois llegó veinte minutos antes del

inicio con Renard y tres agentes de civil distribuidos entre los invitados, con la sensación específica de quien ha preparado una obra de teatro durante tres semanas y que sabe que las últimas horas antes del telón son las más difíciles porque ya no hay nada más que hacer excepto esperar que todo funcione como fue planeado.

Isabelle Moreau llegó independientemente, con invitación propia que Vallois había conseguido a través de la organización benéfica, y se instaló en el extremo del salón más alejado de Alexandre con la discreción de quien no quiere ser reconocida todavía.

El salón del Casino era diferente al del Hôtel de la Mer: más formal, más dorado, con la seriedad específica de los espacios que llevan un siglo y medio siendo el escenario de fortunas ganadas y perdidas en el transcurso de una noche. Las mismas doscientas personas, o una muestra estadísticamente similar de ellas, reunidas otra vez, como si la muerte de Adeline hubiera sido un paréntesis y no una interrogación.

Alexandre circulaba entre los invitados con la naturalidad que Vallois había aprendido a leer como actuación. El esmoquin diferente al de la gala, la copa en la mano, las conversaciones breves y precisas de quien sabe exactamente cuánto tiempo invertir en cada persona según lo que esa persona puede aportarle. La sonrisa practicada, puntual, medio segundo tarde cuando era para Vallois.

—Inspector —dijo Alexandre cuando Vallois se le acercó—. No esperaba verle esta noche.

—Las causas benéficas me parecen importantes —dijo Vallois—. ¿Puedo hablarle un momento?

—Por supuesto. —Alexandre señaló una zona lateral del salón, ligeramente menos concurrida, con los ventanales sobre el puerto iluminado—. ¿Qué le trae aquí, realmente?

—La misma cosa que me ha traído a todas partes en las últimas tres semanas —dijo Vallois—. Madame de GrimaldiVinci.

—El caso sigue abierto —dijo Alexandre, con el tono neutral del que constata un hecho—. Pensé que para estas alturas tendría conclusiones.

—Las tengo —dijo Vallois—. Por eso estoy aquí.

Alexandre lo miró durante un momento. La sonrisa no llegó esta vez.

—¿Y necesita comunicármelas en el Casino de Montecarlo en lugar de en la Sûreté?

—En la Sûreté ya hemos hablado suficientemente, monsieur de Marigny. Esta noche quiero que hablemos en el único lugar donde Adeline nunca habría estado en desventaja: en un salón lleno de gente que la conocía.

Algo cambió en la expresión de Alexandre. No fue visible para nadie que no estuviera buscándolo. Para Vallois, que llevaba tres semanas buscando la

diferencia de medio segundo entre lo calculado y lo espontáneo, fue completamente visible.

—¿Qué exactamente tiene? —dijo Alexandre, en voz más baja.

—Tengo la grabación de la conversación en el despacho de Adeline dos semanas antes de la gala —dijo Vallois—. La que usted le dijo que había personas que no iban a tolerar la publicación del manuscrito. La que ella le respondió sobre la investigación farmacológica y la diferencia entre saber para qué sirve algo y haberlo financiado.

Alexandre procesó eso sin cambiar la posición del cuerpo.

—Tengo la lista de distribución del manuscrito en letra de Adeline, con su nombre y la fecha en que recibió los capítulos uno al doce —continuó Vallois—. Tengo el artículo científico sobre alcaloides vegetales que su empresa financió hace cuatro años, con la sección específica sobre modificación de compuestos en función del pH del medio. Tengo el testimonio del maestresala Aumont describiendo al intermediario que le entregó el compuesto, incluyendo la cicatriz en la barbilla. Tengo el testimonio del encargado de los viñedos piemonteses que lo vio en esa propiedad la tarde en que murió Elias Brenner hace cinco años. Y tengo la declaración formal de Gabriel Santori sobre lo que presenció esa noche en el Piemonte y sobre lo que notó en el borde de la copa de Adeline antes del brindis.

Alexandre miró los ventanales. El puerto iluminado. Los yates que se movían suavemente en la noche.

—Todo eso —dijo finalmente— es circunstancial.

—En parte sí —admitió Vallois—. La parte que no lo es la grabación. Usted describe en ella el método del crimen con suficiente precisión para que cualquier fiscal pueda argumentar que lo conocía antes de que ocurriera. Y la pregunta que surge naturalmente es cómo lo conocía.

—Adeline me lo describió. Ya lo expliqué.

—Y yo ya expliqué por qué esa explicación no funciona —dijo Vallois—. Pero hay algo más. Algo que usted no sabía que existía y que cambia el peso de todo lo demás.

Alexandre lo miró.

—¿Cuál?

—La habitación de cristal —dijo Vallois—. La sala de archivo que Adeline construyó detrás del panel de la biblioteca de la planta baja. La que contiene fotografías de una reunión en yate hace ocho años donde usted aparece con Viktor Holzmann y otros dos socios. Ocho años atrás, monsieur de Marigny. No cuatro. No siete. Ocho. Un año antes de que Meridian Maritime Services fuera constituida. Dos años antes de que usted y Béatrice cenaran en Ginebra.

El silencio que siguió fue diferente a todos los anteriores de la investigación. No era el silencio del cálculo. Era el silencio de alguien que

acaba de comprender que el tablero que creía conocer tiene más piezas de las que había contado.

—Adeline lo sabía todo —dijo Vallois—. Lo sabía desde hace años. Y lo puso en ese archivo porque entendía que la historia no estaba completa con el manuscrito solo. Que necesitaba la evidencia que la ficción no puede proporcionar porque la ficción, por transparente que sea, no es prueba.

Alexandre se volvió hacia el salón. Hacia las doscientas personas que bebían champagne bajo las arañas de cristal del Casino, ignorantes o fingiendo ignorar lo que ocurría a cuatro metros de ellas.

—¿Y Béatrice? —dijo Alexandre, en voz muy baja.

—Béatrice está siendo investigada por separado —dijo Vallois—. Las autoridades financieras de tres jurisdicciones tienen ya copia del contenido de la habitación de cristal. Lo que le ocurra no depende de lo que usted diga esta noche.

—¿Y si confieso?

—Si confiesa, le aconsejo que lo haga con su abogado presente —dijo Vallois—. Pero hay algo que quiero que sepa antes de que tome esa decisión.

—¿Qué?

—Que Adeline lo sabía a usted —dijo Vallois—. Sabía lo que era. Sabía lo que había hecho. Y siguió viviendo con usted de todas formas durante cuatro años. No porque no pudiera salir. Sino porque eligió quedarse para terminar el libro. Lo que me dice algo sobre ella que ningún expediente me podría haber dicho.

—¿Qué le dice?

—Que era la persona más valiente que usted ha conocido —dijo Vallois—. Y que usted lo sabía.

El silencio que siguió duró treinta segundos. En el contexto del salón lleno de conversaciones y música de cámara era completamente invisible para cualquier observador externo y completamente devastador para los dos que lo ocupaban.

Cuando Alexandre habló, lo hizo con una voz que había perdido la modulación practicada y que tenía debajo algo que Vallois reconoció de la grabación: no la frialdad del operador financiero sino algo más complejo, más antiguo.

—La amaba —dijo Alexandre—. No de la manera en que uno dice que ama a alguien para que suene bien. La amaba de la única manera que sé amar las cosas: entendiéndolas completamente. Sabía exactamente lo que era y la amaba de todas formas.

—¿Y eso justifica lo que hizo?

—No —dijo Alexandre—. Pero lo explica. Hay una diferencia.

—¿Cuál diferencia?

—Que quien justifica no tiene remordimiento —dijo Alexandre, y la sonrisa que llegó esa vez fue diferente a todas las anteriores: no practicada, no calculada, no medio segundo tarde—. Y yo tengo todo el remordimiento del mundo. Solo que eso ya no le sirve de nada a ella.

Levantó la copa hacia Vallois con un gesto que no era irónico ni desafiante. Era algo más cercano a una despedida.

—Quería que fuera digna de su talento —dijo Alexandre—. La muerte. Quería que cuando alguien la leyera en el libro y luego supiera lo que había ocurrido, entendiera que el método lo había elegido ella misma. Que era su propia firma. —Una pausa—. Sé que eso no tiene ningún sentido desde fuera.

—Tiene todo el sentido —dijo Vallois—. Es exactamente lo más perturbador de este caso.

Los agentes de civil se habían acercado durante la conversación con la discreción de quien sabe cuándo es el momento sin que nadie se lo señale. Alexandre los vio llegar y no intentó retroceder ni alterar el gesto.

—¿Puedo terminar el champagne? —dijo.

—Tiene tres minutos —dijo Vallois.

Alexandre bebió despacio, mirando el salón con los ojos del que hace un inventario de algo que no va a volver a ver en mucho tiempo. Las arañas de cristal. Los ventanales. Las doscientas personas que seguían en sus conversaciones sin saber todavía lo que ocurría a cuatro metros de ellas.

Cuando terminó, dejó la copa sobre la bandeja del camarero más cercano con la precisión de quien cuida los objetos porque ha aprendido que los objetos duran más que las personas.

Luego se volvió hacia los agentes.

Al otro extremo del salón, Vallois buscó a Béatrice. La encontró exactamente donde siempre: en el rincón más estratégico disponible, con la copa vacía y la compostura intacta de quien ha sobrevivido cincuenta años de tormentas siendo exactamente lo que es.

Se acercó a ella.

—Madame de GrimaldiVinci —dijo en voz baja—, los archivos de la habitación de cristal están ya en manos de las autoridades financieras de Mónaco, Francia e Italia. El proceso puede tardar meses. Pero está en marcha.

Béatrice lo miró con la expresión de quien recibe información que esperaba y que de todas formas pesa más de lo que anticipaba.

—¿Y yo? —dijo.

—Usted no está detenida esta noche —dijo Vallois—. No tengo suficiente para una acusación directa por la muerte de Adeline. Lo que tengo es

suficiente para que las autoridades financieras construyan el caso que corresponde.

—¿Y el tiempo que eso tome?

—No depende de mí —dijo Vallois—. Depende de qué tan profundo vayan los auditores.

Béatrice miró el salón, a los invitados, las arañas de cristal, el lugar donde Alexandre había estado y donde ahora no había nadie.

—Era extraordinaria —dijo Béatrice, en voz muy baja, con el tono de alguien que dice algo que no ha dicho en voz alta hasta ese momento—. Extraordinariamente inconveniente. Pero extraordinaria.

—Sí —dijo Vallois—. Lo era.

Se alejó hacia la salida del Casino. Alexandre caminaba entre los agentes con la compostura de quien ha tomado ya todas las decisiones que tenía que tomar y que ya no necesita calcular nada.

En la puerta, Vallois se detuvo un momento y miró atrás hacia el salón: las doscientas personas, el champagne, las arañas de cristal, y en el rincón más estratégico la silueta de Béatrice sosteniendo su copa vacía frente a un mundo que seguía siendo el suyo aunque cada vez por menos tiempo.

Luego salió al aire de la noche monegasca, donde la lluvia había parado y el puerto brillaba sobre el agua quieta con la misma indiferencia luminosa de siempre.

Adeline de GrimaldiVinci había tenido razón.

Las burbujas siempre suben.

Incluso las enterradas bajo siglos de oro.

EPÍLOGO

Las burbujas suben hacia la superficie

Mónaco y París. Seis meses después.

El proceso judicial contra Alexandre de Marigny comenzó en enero con la puntualidad fría de las instituciones que se ponen en movimiento cuando ya no tienen razón para no hacerlo. La sala del tribunal no tenía nada del glamour del Casino de Montecarlo ni de la elegancia de la villa GrimaldiVinci: era una sala funcional con paredes claras y luz artificial, del tipo que recuerda a todos los presentes que la justicia no es un espectáculo aunque a veces lo parezca.

Alexandre declaró culpable en la tercera sesión.

Lo hizo con la compostura que Vallois había aprendido a leer durante tres semanas de investigación: calculada en su superficie, pero esta vez sin la sonrisa de medio segundo tarde. La compostura de alguien que ha tomado una decisión que no planea renegociar. Su abogado, Alain Chavanne, mantuvo la expresión profesional de los que administran consecuencias sin

participar en las causas, aunque en este caso específico la línea entre las dos cosas era considerablemente más borrosa de lo que Chavanne habría preferido.

La declaración de culpabilidad redujo el tiempo del proceso pero no cambió la naturaleza de lo que había ocurrido. El fiscal presentó la grabación de la conversación en el despacho, la carta sobre los alcaloides vegetales, el testimonio de Aumont, la declaración de Santori y el contenido pertinente de la habitación de cristal. El juez escuchó todo con la paciencia específica de quien sabe que la paciencia es la única herramienta de la que el sistema judicial no puede prescindir.

Isabelle Moreau presentó su informe forense completo en la cuarta sesión. Lo hizo con la misma precisión inexpresiva con que había trabajado desde el principio, y cuando el abogado defensor intentó cuestionar la certeza del análisis de la aconitina modificada, Moreau lo desmontó con dos párrafos técnicos que nadie en la sala excepto ella entendió completamente, lo cual era exactamente el efecto que buscaba.

La sentencia llegó en marzo.

Vallois no asistió a la lectura. Estaba en el puerto, mirando los yates del muelle cuatro, cuando Renard le mandó un mensaje con el resultado. Lo leyó. Guardó el teléfono. Siguió mirando el puerto durante cinco minutos más.

Béatrice de GrimaldiVinci recibió los cargos financieros en febrero, ocho meses después de la muerte de Adeline. No con la velocidad que la gravedad del caso habría justificado sino con la velocidad que producen los procesos que involucran fortunas de tres siglos y abogados que conocen todos los pliegues disponibles en tres jurisdicciones distintas. Los cargos incluían evasión fiscal de escala considerable, complicidad en lavado de capitales a través de las exportaciones vinícolas, y obstrucción de la justicia por el contenido del sobre que Vallois había visto salir del despacho.

La condena, cuando llegó dieciocho meses después, fue modesta en relación con la dimensión de lo que Béatrice había administrado durante cincuenta años. Su abogado emitió un comunicado. Ella no hizo declaraciones. Se instaló en la propiedad de Provenza y no volvió a Mónaco.

Gabriel Santori enfrentó cargos por omisión en relación con la muerte de Brenner, que resultaron ser exactamente tan difíciles de probar jurídicamente como Vallois había anticipado. La defensa argumentó que la presencia en el lugar no equivalía a participación en el acto, y que el silencio posterior, aunque moralmente cuestionable, no constituía complicidad activa según la legislación italiana aplicable. El proceso tardó dos años. La condena fue suspendida con libertad vigilada por tres años.

Santori aceptó la sentencia con la misma actitud con que había aceptado la investigación: sin intentar reducir su responsabilidad ni amplificarla. Cuando Vallois lo vio por última vez, en un café cerca del puerto donde habían acordado encontrarse sin razón oficial particular, Santori le dijo algo

que Vallois anotó en el cuaderno paralelo aunque el cuaderno paralelo ya estaba técnicamente cerrado.

—¿Sabe lo que más me pesa? —dijo Santori.

—Dígame.

—No el silencio sobre Brenner. Eso ya lo cargo hace tiempo y ya tiene la forma que va a tener para siempre. Lo que más me pesa es el reflejo diferente en el borde de la copa. —Santori miró su café—. Si hubiera dicho algo en ese momento, aunque no estuviera seguro, aunque me equivocara, aunque me hubiera costado todo lo que me habría costado. Ella seguiría aquí.

Vallois no respondió de inmediato. Luego dijo:

—El hecho de que lo piense así dice algo sobre usted que el proceso judicial no pudo decir.

—¿Qué cosa?

—Que entendió exactamente lo que hizo y lo que no hizo —dijo Vallois—. Y que no intentó convencerse de que eran la misma cosa.

Santori asintió. No como agradecimiento sino como confirmación de algo que ya sabía y que simplemente necesitaba escuchar de alguien que no fuera él mismo.

El intermediario de la cicatriz nunca fue identificado públicamente.

Eso era lo que Vallois encontraba más difícil de cerrar: no la falta de nombre sino la certeza de que ese nombre existía y que las personas que lo conocían tenían razones suficientes para no pronunciarlo. Los registros de entrada al Principado en el período previo a la gala habían producido cuatro candidatos posibles que Renard había rastreado con la paciencia de quien busca algo en un archivo que no fue diseñado para ser buscado de esa manera. Dos habían resultado ser eliminables por coartadas verificables. Los otros dos permanecían como posibilidades que ninguna evidencia cerraba completamente.

Vallois guardó ese expediente en el archivero con la etiqueta de activo pero sin movimiento, que era la categoría que usaba para los casos que no estaban resueltos completamente pero que habían llegado al punto donde el siguiente avance dependería de que alguien cometiera un error nuevo o de que alguien decidiera hablar por razones que todavía no existían.

Los dos eran posibles.

Ninguno era inmediato.

Lucien Faroux publicó en el periódico de Niza, durante los meses del proceso, una serie de siete artículos sobre la red financiera del puerto Hércules que produjo tres demandas por difamación, una investigación parlamentaria francesa sobre las exportaciones vinícolas mediterráneas y una oferta de trabajo de un periódico de París que Faroux aceptó después de pensarlo durante exactamente cuarenta y ocho horas. Se instaló en París

con el mismo apartamento demasiado lleno de carpetas que había tenido en Niza, excepto que las carpetas eran nuevas y los archivos quemados habían sido reemplazados parcialmente por versiones digitales que Faroux guardaba en tres servidores distintos en tres países distintos porque Adeline le había enseñado que las cosas importantes no se guardan en un solo lugar.

Claire Desrosiers publicó Champagne Espumoso en septiembre, nueve meses después de la gala, con una nota de la editora que ocupaba la página de derechos y que decía: esta novela fue terminada por su autora. Lo que el proceso judicial añadió no lo cambió: lo completó.

El libro se convirtió en escándalo internacional y fenómeno editorial en el orden exactamente inverso en que habitualmente ocurren esas dos cosas: primero fue escándalo, luego fue fenómeno, y cuando el escándalo bajó lo que quedó fue el libro, que resistía las dos lecturas que los lectores le aplicaban con la misma solidez con que Adeline había construido cada página: como denuncia y como literatura, como acusación y como ficción, como retrato y como novela.

Moreau le envió a Vallois un ejemplar con una nota manuscrita que decía: para el inspector que encontró la mancha en el cristal.

Vallois lo leyó completo, por primera vez, en tres noches. No como investigador sino como lector. Lo que encontró fue algo que ya sabía intelectualmente pero que verlo en las páginas de la novela, con la prosa de Adeline y los personajes que él había conocido de otra manera, le produjo una sensación que tardó un día en nombrar correctamente.

Admiración.

Por una mujer que supo exactamente lo que iba a ocurrir, que tuvo el tiempo y los recursos para no ocurrir y que eligió no usarlos porque había algo que era más importante que la seguridad. Y que pasó los últimos meses de su vida construyendo un texto que sobreviviera lo que ella sabía que no iba a sobrevivir.

En la última página del libro, Adeline había puesto una frase que Claire le dijo que no estaba en ninguno de los capítulos que había recibido sino en una nota aparte que encontró en el sobre del último envío, escrita en una hoja pequeña con la letra más apretada de todo el manuscrito, como si hubiera querido que cupiera en ese espacio exacto y no en uno mayor:

Las burbujas suben porque no saben hacer otra cosa. Eso no es valentía. Es naturaleza. La valentía es de quien las mira y decide que también puede.

Vallois cerró el libro.

Lo dejó sobre la mesa del despacho, junto al cuaderno paralelo cerrado y la taza de café de las seis de la tarde que se había enfriado sin que él lo notara porque estaba leyendo.

Miró el puerto por la ventana. Los yates. El agua. La luz de octubre que llegaba al Principado con el mismo ángulo de todos los años, indiferente a lo que hubiera ocurrido bajo ella.

Luego abrió el cuaderno paralelo por última vez.

Escribió una sola línea, debajo de todo lo demás, en el espacio que había dejado en blanco durante semanas sin saber todavía qué iba allí:

La víctima sabía que iba a morir. La pregunta era por qué eligió seguir. La respuesta estaba en el libro desde la primera página. Tardé veinte años de investigación en aprender a leerla.

Cerró el cuaderno.

Apagó la luz del despacho.

Y bajó al puerto, donde las burbujas seguían subiendo aunque nadie las estuviera mirando.